

**NUEVAS MIRADAS  
SOBRE LA GUERRA CIVIL**

Hugo García (coord.)

# La decisión de Stalin de ayudar a la República: un aspecto controvertido en la historiografía de la Guerra Civil

ÁNGEL VIÑAS

*Universidad Complutense de Madrid*

**E**XISTEN aspectos importantes de la guerra civil española que todavía no ha abordado la investigación con la suficiente base documental<sup>1</sup>. Uno de ellos se refiere a los antecedentes y motivos que llevaron a Stalin a ayudar a la República. No significa esto que la literatura haya ignorado dicho aspecto. Desde 1939, cuando un desertor soviético, Walter G. Krivitsky, publicó el libro que le haría famoso, su versión ha dominado el campo ya sea directa o indirectamente<sup>2</sup>. Se encuentra reflejada en obras de valor nulo («historia basura») como las de Zavala, en biografías modernas como la de Kern o en estudios académicos recientes como el de Stone. Por lo general no se la ha impugnado, salvo en una dimensión significativa que ha destacado Howson. Tal intocabilidad quizá se deba, en parte, a la canonización que Bolloten hizo de Krivitsky en las diferentes ediciones de un libro que para algunos ha de leerse como si no fuese posible ir más allá<sup>3</sup>. También se debe, sin embargo, a la insuficiente combinación de la documentación soviética con la republicana. Las dos investigaciones monográficas más novedosas sobre las relaciones globales entre la República en guerra y la Unión

---

<sup>1</sup> Debo dejar constancia de mi agradecimiento al ministro de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, señor Sergei Lavrov, por su autorización para consultar los archivos de política exterior y al director del departamento de relaciones internacionales de la Agencia Federal de Archivos, señor Kirill Chernenkov, así como a los directores de los archivos militares rusos (RGVA), señor Vladimir Nikolaevich Kusilienko, y de historia política y social (RGASPI), Dr. Kirill Anderson, por su amabilidad en facilitarme el trabajo en estos últimos. Una lista completa de agradecimientos a las numerosas personas que me han ayudado figura en Viñas, 2006.

<sup>2</sup> Krivitsky no fue nada modesto. Adujo (pág. 75) haber estado al tanto de todas las decisiones importantes tomadas por el Kremlin y que era el único superviviente en el extranjero que conocía cómo se organizó la intervención en España. Lo que en 1939 podía tolerarse, tiene un cierto sabor rancio en la época actual.

<sup>3</sup> Pueden servir de ejemplo las ditirámicas alabanzas a Bolloten que se encuentran en uno de los últimos productos del profesor Ricardo de la Cierva (2003).

Soviética, debidas a Kowalsky y Schauff, aunque permiten echar por la borda muchas de las tesis e interpretaciones de Bolloten, no han dedicado demasiado espacio a analizar el proceso al término del cual Stalin tomó su decisión y son ayunas de la relevante documentación española.

Una obra que ha iluminado, con documentación de archivo, algunos de los hitos de dicho proceso se debe no a un investigador occidental sino a un ruso, al entonces teniente coronel Rybalkin, tanto en su tesis doctoral como en el libro en que la resumió<sup>4</sup>, pero por razones fácilmente comprensibles no pudo incorporar documentos republicanos. En comparación, resulta profundamente decepcionante la versión revisada y ampliada de la obra de Beevor, de gran éxito en España, que si bien toma datos de Rybalkin (a veces sin mencionarle) no ha iluminado en mayor medida los antecedentes ni ha aportado la menor idea original al respecto, además de no haber acudido a las necesarias fuentes españolas.

Este artículo sintetiza algunos de los resultados de mis propias investigaciones en archivos rusos<sup>5</sup> y españoles<sup>6</sup>. Resume brevemente varios de los más importantes argumentos que he desarrollado con amplitud en una obra que aparece en el mercado español al tiempo que el presente trabajo. Dicha obra sitúa la decisión de Stalin en su contexto general, tanto desde el punto de vista español e internacional como desde la perspectiva soviética, y combina fuentes primarias y secundarias procedentes de los países que más contribuyeron a moldear tal contexto.

En este sentido puede tener interés perfilar en este artículo los rasgos esenciales que la rodearon, habida cuenta de la andanada neo-franquista que invade desde hace algunos años la bibliografía española sobre la guerra civil. Aunque su valor historiográfico sea muy reducido (en realidad se trata de reempaquetar viejos mitos franquistas), no es menos cierto que, de no recibir respuesta por la historiografía académica, los historiadores genuinos podríamos ser acusados de «callar y otorgar».

Para el tema de referencia, los mitos franquistas se exponen brevemente:

---

<sup>4</sup> Su libro, desgraciadamente, todavía no se ha traducido al castellano ni al inglés.

<sup>5</sup> Como quien esto escribe no habla ruso, he de agradecer la ayuda de Mikhail Lipkin para localizar el material relevante, de Evgeny Kuznetsov que guió mis primeros pasos y de Enrique Alvarez Moreno, por la traducción.

<sup>6</sup> Entre los cuales destacan los archivos parisinos de Juan Negrín (AJNP). También debo dejar constancia de mi más sincera gratitud a su nieta, Doña Carmen Negrín, por haberme permitido consultarlos.

- La decisión de Stalin de intervenir en la guerra civil fue casi coetánea de su estallido.
- Jamás Stalin consideró de buena fé la posibilidad de mantener la no intervención, a la que la Unión Soviética se adhirió a finales de agosto.
- La Comintern se puso en la vanguardia de la intervención. Las Brigadas Internacionales ya estaban en activo en septiembre de 1936
- En realidad, el envío de armas y asesores se produjo antes de la ayuda militar directa<sup>7</sup>.

Conviene, pues, sin dejarse llevar por el atractivo de colocar ejemplares en las «grandes superficies», fijar para la Historia una interpretación alternativa, congruente con las fuentes documentales que tales escritores o ignoran o manipulan a su antojo.

#### UN PRIMER CHISPAZO DE INTERÉS SOVIÉTICO

Hace unos cuantos años un historiador norteamericano, Ronald Radosh, de mayor sesgo ideológico que conocimientos sobre la URSS y la España de los años treinta, se hizo famoso en el mundo anglosajón como comentarista (auxiliado por una colega, Mary R. Habeck, y un investigador ruso, Grigory Sevastionov) de una selección de documentos extraídos esencialmente de los repositorios de la Comintern y de los archivos militares moscovitas. ¿Su tesis? No era nueva: la tomaron de Krivitsky, quien ya había afirmado que Stalin lo que quería era incorporar a España a su órbita<sup>8</sup>. La compilación, extremadamente parcial, despertó los elogios de eminentes historiadores (Robert Conquest, Henry Kamen, Stanley G. Payne) y, por supuesto, de algunos autores pro-franquistas que han utilizado tales documentos como arma analítica que oponer a la radical destrucción, hecha por la historiografía crítica, de los mitos amaman-

---

<sup>7</sup> El más reciente ejemplo de regurgitación de tales mitos se encuentra en Vidal (2006, pág. 169). El que dichas tesis contradigan afirmaciones efectuadas en páginas anteriores (pág. 162) no es algo que le preocupe en demasía.

<sup>8</sup> Además Krivitsky afirmó, incongruentemente, que la idea estaliniana estribaba, al hacerlo, en reforzar sus lazos con Francia y el Reino Unido y mejorar su posición negociadora con Berlín (pág. 76). Un auténtico galimatías. Bolloten defendió a Krivitsky hasta el fin (págs. 199-202), siempre sin la menor contrastación documental. Cuando los hechos empezaron a hablar otro lenguaje (por ejemplo, en el manoseado tema del oro del Banco de España) se negó a aceptarlos.

tados durante la dictadura sobre el carácter, significación y amplitud de la ayuda soviética a la República<sup>9</sup>.

Para el tema objeto de este apartado el único «descubrimiento» del equipo de Radosh, pero que rápidamente se divulgó en el mundo de habla inglesa, consistió en el telegrama que el presidente del Consejo José Giral envió al embajador soviético en París el 25 de julio de 1936. Giral planteó la posibilidad de adquirir material de guerra a la URSS, pero ni especificó su volumen ni su composición.

Podría haberse tratado de un globo sonda. Giral dirigió una demanda similar al Gobierno francés y también lo hizo al alemán (no llegó a plantearlo al británico dada la bofetada que rápidamente Londres propinó a la República en respuesta a otra petición más inocente). Radosh y colaboradores interpretaron el mensaje a Moscú como muestra de las proclividades republicanas a alinearse con la Rusia de los soviets. Las categorías de la guerra fría, de las que tales autores no suelen alejarse demasiado, las proyectaron hacia atrás para ofrecer una lectura profundamente errónea de la política exterior republicana, que desconocen en su totalidad. Para colmo, ni siquiera les corresponde la paternidad de tal primicia, sobre la que ya había escrito años antes un investigador ruso<sup>10</sup> que no quiso o no supo manejar el mundillo mediático en el que tan ducho se mostraron tales autores<sup>11</sup>.

Por el contrario, tanto ellos como gran parte de la bibliografía occidental posterior<sup>12</sup> han ignorado el auténtico primer signo de inte-

---

<sup>9</sup> Este no es el trabajo en que deban criticarse los comentarios, con frecuencia absurdos, de Radosh y cols. Su desmontaje, en la medida relevante, se hace en Viñas, 2006.

<sup>10</sup> A saber, Vladimir Alexandrovich Tolmachev, en su tesis doctoral de 1991, citado por Schauff (pág. 205).

<sup>11</sup> Scott Sherman ha afirmado que en 1992 Habeck se encontró, por casualidad, un montón de documentos sobre la guerra civil en los archivos militares mientras trabajaba en otro tema. Puede ser. No es ningún mérito. En RGVA hay masas de documentos sobre la guerra, perfectamente catalogados. El mismo autor cita a Habeck: dicho «descubrimiento» «contradice totalmente la idea de que la República se vio obligada a echarse en los brazos comunistas porque se vio rechazada por Occidente». Y, probablemente, se quedó tan tranquila. La idea de Radosh *et al.*, según aquel autor, estriba en reivindicar las interpretaciones de Bolloten y Payne y demoler «el último gran mito de la izquierda». Este es el tema que recogió igualmente Sam Tanenhaus. Pero se necesita menos ideología y más trabajo de archivo, sin preconcepciones.

<sup>12</sup> En este sentido quizá convenga señalar que Vidal, quien suele rellenar su bibliografía con títulos en idiomas exóticos, no se ha molestado en mencionar a Rybalkin, quizá porque no se le ha mencionado o porque no se ha dado cuenta de su importancia, a pesar de que Kowalsky, lógicamente, le hubiera mencionado.

rés activo de la dirección soviética hacia lo que ocurría en España. Se trata de la decisión que el 22 de julio de 1936, es decir, tres días antes de que Giral enviara a París su ya famoso telegrama, se adoptó al nivel del Politburó, instancia suprema del partido comunista de la URSS y motor de su actividad y la del Gobierno soviético. Dicha decisión, desvelada por Rybalkin, recayó sobre el suministro de combustible a la República en buenas condiciones, a un precio reducido y en las cantidades necesarias<sup>13</sup>. El tema, innecesario es subrayarlo, tiene una gran trascendencia histórica, política e internacional. Histórica, porque se produjo literalmente a los cinco días del estallido del golpe militar. Política, porque no se tomó a un nivel subordinado sino al más elevado posible, aunque dado que el Politburó no se reunió formalmente entre el 19 de julio y el 1 de septiembre, lo más probable es que se adoptara de manera informal<sup>14</sup>. Por último, internacional porque la víspera misma el Gobierno republicano había cursado a Londres una petición para que permitiera el aprovisionamiento en combustible de la flota en la colonia de Gibraltar o en la ciudad internacional que entonces era Tánger. Como es notorio, el Consejo de Ministros británico se pronunció el 23 de julio de forma prácticamente negativa.

Todo ello, traducido en términos operacionales, significa que los soviéticos debieron enterarse de la petición española y que reaccionaron a la velocidad del rayo, algo sorprendente en la política exterior del Kremlin en aquella época. Cómo llegó a Moscú la noticia no es algo que se haya documentado. Existen, teóricamente, va-

---

<sup>13</sup> Este es uno de los grandes descubrimientos de Rybalkin, que encontró el documento pertinente en los archivos presidenciales, a los que prácticamente ningún investigador occidental sobre la guerra civil ha tenido acceso, que yo sepa. Es también una de las apropiaciones que de él hace Beevor que menciona, exactamente, la misma fuente (pág. 211) pero que no llega a darse cuenta de la importancia del caso, extraña muestra de ceguera de historiador. Sobre Beevor, que ha publicado su nueva versión de la guerra española con gran aclamo de crítica, he de señalar algo sorprendente. Es altamente verosímil que haya bebido de Rybalkin, sin atribuírselo, más de la cuenta. Las siete referencias, por ejemplo, que Beevor hace de los archivos centrales del Ministerio de Defensa (págs. 719, 731 y 736) figuran en las fuentes de Rybalkin (págs. 77-79, 101). Es una coincidencia sospechosa porque los archivos departamentales rusos no suelen ser accesibles, con la parcial excepción del de Exteriores. Las referencias de Beevor al GARF (págs. 727 y 729) también figuran en Rybalkin (págs. 102 y 33 respectivamente). De aquí concluyo que Beevor ha «chupado rueda» de Rybalkin sin reconocerlo. En el mundo académico esto se caracteriza con un duro vocablo.

<sup>14</sup> Schauff, 2000, pág. 115. Es de señalar que otras decisiones ulteriores del Politburó relacionadas con España también se adoptaron con arreglo a un procedimiento similarmente informal.

rias posibilidades. Pudo ser, por ejemplo, a través de alguno de sus espías en el Foreign Office. Pero si hubiera sido así, la rapidez de respuesta, casi instantánea, llama enormemente la atención. También pudo ser por vía de algún agente próximo a las alturas del Gobierno republicano. O quizá en el Ministerio de Marina. O en la Presidencia del Gobierno/Ministerio de Estado, conductos por los cuales se cursaría el telegrama. O quizá por alguno de los agentes en Madrid de la Comintern. Cualquiera que fuese el conducto la conclusión inescapable es la misma. El Politburó decidió, prácticamente en tiempo real, echar una mano a la República en el sensible tema de los suministros de petróleo, entonces una necesidad urgente e imperiosa. En la medida en que los soviéticos informaran al Gobierno republicano o, más verosímelmente, a la embajada española en París de tal decisión, la petición de Giral cobraría un color muy distinto: cabría argumentar, en efecto, que el presidente del Consejo habría reaccionado a una primera muestra de interés por parte soviética.

Por desgracia, la documentación que pudiera permitir contrastar tales suposiciones no se ha localizado. Si hubo un reflejo documental por el lado republicano lo más razonable es pensar que no ha sobrevivido. Nadie, ni siquiera Rybalkin, ha indagado en los pormenores por el lado soviético. Tampoco he encontrado ningún rastro en los archivos del Politburó y no ha aparecido en la compilación, recientemente publicada, de expedientes secretos. Ello no significa, naturalmente, que no sea posible hallarlo. Los archivos rusos no están todavía abiertos de par en par. Sí se sabe, por el contrario, que el Gobierno español actuó con suma urgencia ante las oportunidades que se le abrían. Un hombre de la total confianza de Indalecio Prieto y que había sido director de la CAMPSA en los primeros años de la República, Toribio Echevarría, recibió en la villa guipuzcoana de Eibar instrucciones de dirigirse a París inmediatamente. En sus memorias no desveló nada de los entresijos de aquellas operaciones iniciales.

También se sabe, y de nuevo se debe a Rybalkin esta primicia, que los republicanos insistieron en París en sus peticiones de armas ante los soviéticos. Desesperado por el mal giro que iban tomando sus gestiones con los franceses, Fernando de los Ríos, quien por aquella época co-dirigía con el vicepresidente socialista de las Cortes Luis Jiménez de Asúa las que se realizaban ante el Gobierno de París, se dirigió repetidamente a la embajada soviética afirmando que estaba dispuesto a ir a Moscú en cualquier momento para concluir los acuerdos oportunos con el fin de obtener el material que la Unión Soviética creyera conveniente suministrar. Es ve-

rosímil que tales *démarches* no se hicieran sin conocimiento, al menos, de Giral y del ministro de Estado, Augusto Barcia. Sin embargo, de los Ríos, posterior embajador en Washington, no dijo nunca nada al respecto. Su más reciente biógrafo, Virgilio Zapatero, no menciona el episodio. Barcia tampoco<sup>15</sup>.

Aunque gran parte de las comunicaciones, muy intensas en la época, entre la embajada española en París y el Gobierno de Madrid no se ha localizado todavía<sup>16</sup> (también es probable que no hayan sobrevivido a las destrucciones documentales) cabe identificar el lapso de tiempo en que debió producirse tal tipo de contactos. En los archivos rusos quedan retazos de los mismos. En lo que se refiere a la reiterada solicitud de material de guerra tuvieron lugar antes de la llegada a París del periodista y corresponsal de *Pravda* Mijail Koltsov<sup>17</sup>. En efecto, cuando alcanzó la capital francesa, hacia el 6 de agosto según consignó en su diario, inmediatamente le asaltó el hijo de Giral, que en aquel tiempo andaba mezclado en los esfuerzos por obtener armas, algo contrastable por documentos republicanos que sí se han preservado. Esto implica la existencia de canales de comunicación entre las dos embajadas que permitieron a Giral jr. precipitarse en hablar con Koltsov, quizá cuando éste pasara a solicitar su visado o a rendir visita a la embajada española.

Sin embargo, los líderes soviéticos, a quienes sin duda sus representantes en París daban cuenta de tales contactos (Rybalkin encontró el telegrama de uno de los agentes de la NKVD incrustado en la embajada soviética, en el que éste afirmaba que los españoles estaban dispuestos a aceptar cualesquiera condiciones con tal de obtener ayuda lo antes posible), hicieron oídos sordos a las peticiones republicanas. Una cosa era enviar combustible. Otra, muy diferente, suministrar armamento<sup>18</sup>. Con todo, y como es sabido, para

---

<sup>15</sup> Sólo cabe especular sobre los motivos de tal silencio, pero es más que probable que tuvieran que ver con el deseo de no llamar la atención sobre aquellas gestiones iniciales. Tras la guerra civil, los vencidos se desgarraron en discusiones sobre la significación de la ayuda soviética y es verosímil que ninguno de los que sabían algo quisiera dar armas dialécticas a los rivales, en vista de las luchas intestinas en torno al control político del exilio republicano.

<sup>16</sup> Las que se han conservado, y son relevantes para la argumentación, se utilizan en Viñas, 2006.

<sup>17</sup> Innecesario es señalar que nada de lo que antecede llegó a figurar en su diario, tal y como fue publicado posteriormente.

<sup>18</sup> Lo cual no significa ignorar que, casi desde el primer momento, Franco argumentase que la sublevación se había realizado «para salvar a España del comunismo».



entonces la ayuda de las potencias fascistas al general Franco seguía ya una marcha ascendente.

#### LA VISIÓN DE LOS DIPLOMÁTICOS OCCIDENTALES

Para elucidar el impacto en Moscú del estallido de la guerra civil la investigación historiográfica ha solido basarse en los informes que los diplomáticos occidentales enviaron a sus capitales sobre las primeras reacciones soviéticas. Fueron de particular importancia los británicos, franceses, italianos y norteamericanos. Algunos de ellos tuvieron efectos muy significativos. Por los telegramas del encargado de negocios italiano, Vincenzo Berardis, se conoce por ejemplo que Mussolini tomó su decisión de ayudar a Franco sabiendo que los rusos no parecían dispuestos a moverse. Berardis, un diplomático de mente analítica cuyos informes se leen todavía con aprovechamiento, y sus colegas registraron que hasta finales de julio la regimentada prensa soviética se limitó a publicar informaciones bastante neutras sobre los acontecimientos españoles y las reacciones que se generaban en la escena internacional. Sin embargo, súbitamente, a principios de agosto tuvieron lugar manifestaciones «espontáneas» en apoyo de la República. Eran un síntoma de que la cautelosa dirección soviética comenzaba a moverse.

Ninguno de los diplomáticos de países con interés eminente por lo que ocurría en España anticipó una rápida intervención activa del Kremlin en el volcán español. Casi todos se hicieron eco más bien de un desconcierto y de una preocupación profundas. Suponían, con razón, que tales manifestaciones populares eran explicables como síntoma de la inquietud soviética ante la posibilidad de que la izquierda internacional no comprendiese un silencio continuado. Y, de hecho, por encima de los cálculos de los gabinetes ministeriales y de las controversias intra-gubernamentales (están bastante documentadas algunas de las que se produjeron en el seno del Gobierno francés), la erupción en España conmovió rápidamente a la opinión pública de medio mundo. No en vano los medios de prensa occidentales tomaron partido por uno u otro bando y prontamente se enzarzaron en pugnas sobre el significado de la sublevación: un atentado contra la democracia para unos, la defensa de la civilización cristiana ante la amenaza y el caos comunistas para otros.

Sobriamente, el encargado de negocios francés, Jean Payart, constató no obstante que el Gobierno soviético se apresuró a emitir señales de su buena disposición a participar en la propuesta de no intervención en los asuntos de España que a principios de

agosto había lanzado el titular del Quai d'Orsay, Yvon Delbos. Moscú ponía como única condición que otros países que ya prestaban apoyo a los sublevados, y en particular Portugal, se adhirieran también.

Los informes diplomáticos occidentales son conocidos y han sido comentados minuciosamente. Constituyen la base documental a la que acudió Broué para apoyar su análisis, en una perspectiva pro-trotskista, sobre los orígenes de la intervención soviética en la guerra civil. Ni que decir tiene que lo más que pueden suministrar es evidencia indirecta. ¡Qué más hubieran querido los diplomáticos que saber lo que ocurría realmente tras los muros del Kremlin!

La realidad es que en los primeros días de agosto de 1936 se encendió en Moscú un duro debate sobre lo que la Unión Soviética debiera hacer o no hacer. Es un debate que todavía no se ha alumbrado del todo. No deja de extrañar, sin embargo, que la historiografía (sobre todo la anti-republicana y la influida por las categorías de la guerra fría) se haya inclinado de preferencia a seguir las versiones de Krivitsky, que a la sazón llevaba más de un año en La Haya como camuflado agente de la NKVD, que las notas de Litvinov, comisario del pueblo para Asuntos Exteriores. Son notas que, como ya argumentó E. H. Carr hace mucho tiempo, no son nada desdeñables, aunque su redacción no pueda atribuirse exclusivamente a su presunto autor.

Dicho debate se inició a nivel operacional en la Comintern (completamente sorprendida por el golpe militar, según han documentado Elorza/Bizcarrondo)<sup>19</sup>. Esto era lógico, ya que la Comintern hacía tiempo que tenía agentes en España. Estos se encontraban en relación con la central (las comunicaciones mutuas eran interceptadas y descifradas de forma rutinaria por los servicios de inteligencia británicos)<sup>20</sup>. Desde la Comintern el debate no tardó en saltar a la esfera del Sovnarkom<sup>21</sup> y atravesó lógicamente por las instancias decisivas, Stalin y el Politburó.

---

<sup>19</sup> Payne (pág. 165) afirma que la sorpresa en Moscú fue menor que en Berlín o en Roma. Es un error. Roma y Londres sabían, aunque por diversos conductos, lo que estaba en preparación. No se ha demostrado, todavía, que lo supieran en la capital soviética, aunque por mi parte no lo descarto.

<sup>20</sup> Una de las características del libro de Radosh *et al* es su tendencia a hacer uso de los mensajes que convienen a sus tesis preconcebidas y a despreciar los que no encajan con ellas. Se trataba de una operación que los británicos designaron «Mask».

<sup>21</sup> Consejo de Comisarios del Pueblo, es decir, el Gobierno soviético. Molotov era su presidente.

Había una lógica en todo ello. La Comintern se había convertido para entonces en un instrumento útil, pero instrumento al fin, de la política exterior y de seguridad soviética. Esta se definía en el Politburó —aunque las grandes decisiones las tomaba ya Stalin con frecuencia en solitario— y en gran medida la ejecutaba el Sovnarkom, por medios abiertos y encubiertos. La Comintern aseguraba, y no era poco, el enlace con los partidos comunistas nacionales, a los que trataba de mantener en una línea lo más congruente posible con las necesidades operativas soviéticas. Es preciso subrayar que Stalin no sólo permitió sino que también alentó el debate, con el fin de ganar claridad frente a una situación compleja y en la que un movimiento en falso podía dañar los intereses de su política exterior y de seguridad. Las notas de Litvinov ilustran convincentemente, en mi opinión, este modo de proceder.

Por lo que se sabe documentalmente, la primera salva procedió de la Comintern. El 23 de julio, Dimitrov expuso ante el secretariado que sería un error inmenso seguir una línea que llevara a la dictadura del proletariado. En consonancia con los planteamientos que la Comintern tenía antes del golpe, de lo que se trataba más bien era de fortalecer la república democrática en España con la ayuda de un ejército del pueblo al que se incorporasen todos los militares leales al régimen<sup>22</sup>. Es algo que pasan por alto todos quienes todavía —y son muchos— comulgan con las ideas de Krivitsky-Bolloten. El 7 de agosto, un informe del director adjunto del departamento de información, Pyotr A. Chubin, al secretario general Georgi Dimitrov, subrayó la ingerencia en España de las potencias fascistas, incluso en el ámbito operacional (transporte de tropas, cobertura aérea, apoyo logístico)<sup>23</sup>. Llegó a la conclusión de que si tal ingerencia no se hubiera producido los sublevados no hubiesen podido mantenerse. Era una conclusión exagerada pero no del todo desenfocada. Tarde o temprano las fuerzas legionarias y marroquíes hubieran cruzado el Estrecho de Gibraltar, dada la escasa operatividad de la flota republicana. Ahora bien, el puente aéreo que ase-

---

<sup>22</sup> El informe de Dimitrov está reproducido en Radosh y cols. (doc. 5) y, parcialmente, en Schauff (págs. 124 y sigs.). La traducción al inglés (pág. 11) es incorrecta. Cuando Dimitrov afirmó «por consiguiente debemos decir: actuar bajo la bandera de la defensa de la República», Radosh utiliza una expresión opuesta: «*Therefore we must say: act in the guise of defending the Republic*». «*In the guise*» no es lo mismo que «bajo la bandera» («*under the banner*»), como se señala correctamente en la pág. 515. Schauff es fiable. Radosh, evidentemente no y sus comentarios a tal documento, que no reproducimos, tampoco son demasiado inteligentes.

<sup>23</sup> El informe de Chubin está publicado en la colección Komintern como doc. 33.

guraron los aviones alemanes permitió acelerar el ritmo y, por consiguiente, las posibilidades de refuerzo de las columnas que destrozaron a sangre y fuego la débil resistencia de las desordenadas milicias republicanas. En retrospectiva se trató de la operación que más coadyuvó a realzar entre los sublevados la figura de Franco que, al principio, ni siquiera formaba parte de la Junta de Defensa Nacional establecida desde un primer momento en Burgos.

Chubin recomendó que la ayuda que el mundo democrático estaba dispuesto a conceder a la República se hiciera lo más rápidamente posible. Señaló que el fascismo no esperaba sentado, sino que funcionaba con una energía salvaje y avasalladora. Sin duda, en ello integraba la experiencia reciente y la extrapolaba. Ese tipo de actuaciones, que los italianos ya habían demostrado en Abisinia, se extendía ahora al Tercer Reich, cuyo comportamiento con la remilitarización de Renania había hecho sonar el timbre de alarma en el Kremlin. Chubin no clamaba por una intervención soviética, que en cualquier caso no le hubiera correspondido proponer. Pero a través de la Comintern sí podía hacerse otra cosa. Dimitrov consignó por escrito su acuerdo con el análisis de su subordinado<sup>24</sup>. Desde la central rápidamente se cursaron órdenes a los partidos comunistas nacionales (los servicios de inteligencia británicos interceptaron, por ejemplo, la dirigida al PCGB, que contenía una buena dosis de *wishful thinking*<sup>25</sup>) para que estimularan la presión sobre sus Gobiernos. El PCF, por su parte, hacía ya tiempo que se agitaba en el mismo sentido.

Estas instrucciones reflejaban un análisis que no era incorrecto: la intervención de las potencias fascistas a favor de los sublevados, por un lado, y la retracción de las democracias en ayudar a la República, por otro, habían creado una situación que permitía a los rebeldes ganar ascendente sobre el terreno. Era un tipo de análisis que coincidía con lo que afirmaban los analistas militares del servicio de inteligencia británico, que inmediatamente empezaron a escudriñar lo que ocurría en el terreno de operaciones que se había

---

<sup>24</sup> El que Radosh y cols. no hayan mencionado ninguno de los anteriores informes muestra dos cosas: la primera es que no buscaron demasiado. La segunda es que si los vieron posiblemente prefirieron no incorporarlos a su colección porque chocan con sus ideas que, en último término, remontan a Krivitsky. Tampoco nunca los ha mencionado Vidal.

<sup>25</sup> Por ejemplo, la posibilidad de llegar a una huelga general que doblegara la voluntad del Gobierno conservador. (El mensaje está reproducido en West, pág. 196). En muchas de las instrucciones de la Comintern en relación con la guerra de España aflorarán más tarde ideas que no podían tener demasiada efectividad.

abierto en España<sup>26</sup>. También para ellos fue obvio que las ayudas foráneas a los sublevados habían sido uno de los factores que más habían contribuido a sus rápidos progresos militares.

En aquellos momentos la Comintern no tenía capacidad de acción, excepto por la vía de los partidos comunistas nacionales. El problema es que la información política y social que sus agentes eran capaces de transmitir desde Madrid (y que Elorza/Bizcarrondo han analizado) era insuficiente para formarse un juicio fundado sobre la evolución y perspectivas de las operaciones. Los primeros informes pintaron, por ejemplo, una situación casi mirífica que la evolución subsiguiente se encargó de desmentir. El Sovnarkom, en consecuencia, apeló con urgencia al servicio de inteligencia militar (GRU) del Ejército Rojo (RKKK)<sup>27</sup>. Está abierto a discusión el tema de si ya para entonces habría en España algún agente suyo (o del departamento de extranjero de la NKVD). No sería de extrañar, pero tampoco hubiera sido una novedad absoluta. La evolución republicana antes de la guerra la habían observado, según es posible documentar, los servicios de inteligencia italianos (que la habían seguido al día), el alemán (al cual le sorprendió el golpe, por mucho que se haya especulado en sentido contrario<sup>28</sup>), el francés (que también se vio sorprendido) y el británico (que quizá lo fuese mucho menos).

En los archivos militares rusos se encuentran los informes que el GRU preparó a lo largo de los meses de agosto y septiembre de 1936 y que hasta ahora eran desconocidos en la literatura<sup>29</sup>. Es obvio que el GRU debió utilizar todos sus activos, tanto en la Unión Soviética como en el extranjero y, eventualmente, en España. El general Semyon Petrovich Uritsky, su director, solía elevarlos al comisario del pueblo para la Defensa, mariscal Vorochilov, aunque sus autores fueran otros. Habitualmente se trataba de su adjunto, Nikonov, auxiliado por otros agentes, el más frecuente de los cuales era un tal

---

<sup>26</sup> Son informes que hasta ahora ha ignorado la literatura. Proceden de un grupo de analistas reunidos bajo la inocua denominación de Air Intelligence Service. Se encuentran en TNA: HW 22/1.

<sup>27</sup> Ignoro cómo Payne (pág. 169) pudo afirmar que «el acceso a los documentos de alto nivel del gobierno soviético sigue estando prohibido», a pesar de citar en su bibliografía el libro de Rybalkin. ¿Acaso no lo leyó?

<sup>28</sup> Las leyendas que sobre la presunta atención que Canarias, su jefe, prestaba a España son legión y ninguna de ellas está documentada. Si cabe documentar, por el contrario, que España no había despertado atención alguna para la *Abwehr* antes del golpe. Véase, al efecto, Viñas 2001 y Viñas/Collado Seidel.

<sup>29</sup> RGVA: fondo 33987, inventario 3, legajo 845.

Yolk. El primer informe data del 7 de agosto, la misma fecha en la que Chubin emitió el suyo, por lo que se plantea la cuestión de si fue una coincidencia o en ambos casos se respondió a una orden de la superioridad. Nikonov y Yolk presentaron una imagen relativamente positiva de la capacidad de resistencia republicana, cuyas cartas (hombres, material —sobre todo aviación) eran, dijeron, superiores a las de los rebeldes. Su estimación infracuantificó las fuerzas en presencia y dejó de lado los aspectos cualitativos, absolutamente esenciales. No tenían el mismo valor militar las fuerzas sublevadas que lideraban la Legión y las tropas coloniales que un ejército descompuesto y unas milicias totalmente desorganizadas y sin la menor preparación en términos de combate.

#### MOSCÚ NECESITA INFORMACIÓN

Lo que parece claro es que en la capital soviética no se sabía demasiado bien lo que ocurría en España. De ahí que fuese preciso remediar esta deficiencia lo más rápidamente posible. Una de las primeras cosas que se decidieron consistió en establecer una embajada en Madrid, en la que se camuflaron agentes del GRU bajo la oportuna cobertura diplomática. Entre ellos, por ejemplo, figuraban el agregado militar, Vladimir Gorev, y uno de sus ayudantes, pero también el agregado comercial, I. Winzer —o Vintser— cuya presencia en tal calidad era menos evidente<sup>30</sup>. Si bien el montaje de la representación y la selección de personal se hicieron a toda prisa, la formalización oficial no la adoptó el Politburó hasta el 22 de agosto. El equipo inicial, a la cabeza del cual se encontraba el embajador Marcel I. Rosenberg, viajó con urgencia a la capital española. Era una coyuntura en la que los sucesivos informes del GRU empezaron a pintar un cuadro que se degradaba progresivamente en contra de los republicanos, mientras que la estrella de Franco se elevaba en términos comparativos.

Amén de los «diplomáticos»<sup>31</sup>, en un grupo de asesores militares

---

<sup>30</sup> Este es uno de los elementos que permiten impugnar la veracidad de Kritvitsky, según el cual los primeros agentes de inteligencia soviéticos los seleccionó él desde La Haya y los envió a Hendaya y a Lisboa. Moscú siguió un procedimiento estándar. El representante del Deuxième Bureau francés era el agregado militar, aunque el trabajo operativo descansaba en sus ayudantes.

<sup>31</sup> En la lista diplomática española figuraron al principio sólo seis nombres: el embajador y su esposa, Gorev, Winzer, un agregado (Yuri Bondarenko) y otra persona sin identificación de puesto (Vassily Lyubimtsev). Más tarde se añadió a Lev

dirigidos por Jan Berzin (seudónimo), ex jefe del GRU durante largos años, se camuflaron otros agentes. Un mes más tarde se nombró cónsul general en Barcelona a un viejo revolucionario bolchevique, Vladimir Antonov-Ovseenko, y en los primeros días de octubre, apenas llegado a la Ciudad Condal, se le comunicó que recibiría un «agregado» militar y un ayudante, que aparecerían como vicescánsul y segundo secretario respectivamente<sup>32</sup>. Ni que decir tiene que lo más normal es que también fuesen agentes del GRU, aunque esto no se ha demostrado todavía documentalmente. La aparición, en cualquier caso, de los representantes soviéticos a Madrid permitió al Gobierno Giral profundizar en sus demandas de ayuda, asegurada la comunicación instantánea a través de la embajada en Madrid. Por desgracia, estas comunicaciones no se han localizado, aunque sí el tenor de alguna de ellas. Pero Stalin continuó sin dar la luz verde y sin su visto bueno nada serio podía realizarse.

El establecimiento de una representación diplomática en España no podía pasar desapercibido. Litvinov se apresuró a comunicárselo al embajador británico en Moscú, vizconde Chilston, quizá para eliminar de entrada falsas interpretaciones. Tampoco pasaron desapercibidos algunos especialistas en materia de propaganda, cineastas y periodistas que, como sus homólogos occidentales, acudían al país donde la situación se había recalentado súbitamente. Si merecen una mención (Payne, pág. 179, los destaca muy explícitamente como muestra de la «importancia de la propaganda y de la imagen») es porque nadie en la hiperregimentada URSS de la época podía salir al extranjero sin permiso de las autoridades. Pero España era noticia y convenía estar en ella. Lo que realmente fue importante, y no se ha subrayado lo suficiente, es lo que no se veía. Se trata de, al menos, tres movimientos que no afloraron a la superficie. Aunque ninguno fuera de rutina, nos detendremos en particular en el tercero en el apartado siguiente.

El primer movimiento fue consecuencia de una decisión del Politburó del 17 de agosto a tenor de la cual se autorizó la visita a la URSS de un grupo de cincuenta españoles para que conocieran instalaciones y unidades soviéticas<sup>33</sup>. Es evidente que debió de estar precedida de contactos previos de los que no se ha localizado documentación hasta el momento. Lo más probable es que los contactos se hicieran

---

Gaikis, quien fue nombrado en la misma fecha que Rosenberg, Gorev y Winzer pero se incorporó más tarde.

<sup>32</sup> AVP RF: fondo 097, inventario 1, legajo 102, expediente 14, pág. 19.

<sup>33</sup> RGASPI: fondo 17, inventario 16, legajo 21, número de expediente 240.

a través de las respectivas embajadas en París, que es por donde se tramitó la petición soviética de placet a Rosenberg. Tampoco se ha localizado ninguna huella documental al respecto, pero es improbable que la embajada republicana no reaccionase.

El segundo movimiento estribó en autorizar el envío a España de dos expertos militares para que asesoraran al PCE. No se trataba precisamente de una noticia convulsionante y su comunicación a Madrid fue interceptada por los servicios de inteligencia británicos.

Tales movimientos, encubiertos o no, ilustran, sobre todo, la forma en que se tradujo la necesidad de obtener información sobre la situación en España y, a la vez, una modestísima medida de ayuda, centrada esencialmente en tareas de organización y propaganda en lo que la *expertise* soviética no tenía que envidiar a la de nadie. Nada comparable a la ingerencia que, a favor de Franco, ya habían evidenciado por aquella época las potencias fascistas.

#### STALIN APRIETA LA TUERCA

Como hemos indicado, el tercer movimiento oculto resultó algo más significativo. Sus inicios reflejaron lo que cabría considerar como primerísimas muestras operativas del interés soviético por la República. Se encuentran en una carta que Nikolai Krestinsky, comisario adjunto para Asuntos Exteriores, envió a Stalin el 9 de agosto, dos días después de los informes de Chubin y Nikonov/Yolk, y que también remitió a Vorochilov, Kaganovich, Orkjonikize (comisario para la Industria Pesada) y Chubar, que a la sazón desempeñaba interinamente las funciones de comisario para el Comercio Exterior<sup>34</sup>. Según se desprende de tal escrito, ya se había discutido en Moscú si no cabría ayudar a los republicanos a través de agentes que les adquiriesen material de guerra en el Reino Unido<sup>35</sup>. Fue una vía que no estuvo abierta demasiado tiempo, ya que se cerró tan pronto como el Gobierno británico decidió pocos días más tarde adelantar su adhesión a la no intervención (que había inspirado, si bien solapadamente<sup>36</sup>).

---

<sup>34</sup> La carta se encuentra en AVP RF: fondo 010, inventario 11, legajo 53, expediente 71, págs. 29s.

<sup>35</sup> Es importante subrayar que estas reflexiones previas debieron suscitarse, como muy tarde, en los primeros días de agosto, indicio indirecto de que el debate probablemente abarcó desde el principio alguna dimensión operativa.

<sup>36</sup> Jiménez de Asúa se enteró de ello y no dejó de transmitirlo a Madrid, en donde la retracción tanto de Francia como del Reino Unido sentó, literalmente, como un tiro.



Krestinsky, por lo que valiera, se manifestó en contra del envío directo de suministros, dados los riesgos políticos y diplomáticos que ello implicaba. Esto hace suponer que para entonces la idea suscitada por Giral había quedado descartada, y que la gestión de su hijo a través de Koltsov no había tenido consecuencias. Krestinsky adujo, no obstante, que existían alternativas: cabía adquirir material de guerra para la República a través de terceros países, probablemente latinoamericanos, y mencionó en particular el caso de México, quizá sin saber que éste ya lo hacía de forma autónoma en Londres, donde sus gestiones no cayeron nada bien, y en París, aunque sin grandes resultados.

Por el momento, y a reserva de lo que los archivos rusos puedan develar en el futuro, lo que sí se sabe es que el interés de Stalin continuó focalizado en los suministros de petróleo. El 14 de agosto, poco antes de irse de vacaciones a su retiro de Sochi, en la costa del Mar Negro, telefoneó a Krestinsky y le ordenó que hiciera todo lo necesario para intensificar la operación, movilizándolo al efecto a los representantes soviéticos en París. Tres días más tarde el Politburó se precipitó a cumplir sus deseos<sup>37</sup>. El *Remedios*, un barco de la CAMPSA que se encontraba accidentalmente en el puerto rumano de Constanza, adonde había ido a cargar un suministro de 6.000 toneladas de petróleo negociado a través de la empresa belga Petrofina, recibió órdenes urgentes de Madrid para dirigirse a Batum, puerto de la costa georgiana, y tomar en él combustible soviético<sup>38</sup>. Ninguna de las comunicaciones que ligan las decisiones de Moscú y Madrid se ha localizado hasta el momento, pero el resultado no deja lugar a duda alguna. El Gobierno republicano era consciente de que, al menos, la URSS estaba en condiciones de enviarle un bien preciado, petróleo, que no caía bajo ningún concepto en las listas nacionales en que irían reflejándose los compromisos de los distintos Gobiernos en materia de no intervención.

Con todo, es obvio que este ámbito de actuación, aunque importante, era insuficiente. El 26 de agosto el Politburó fue convocado a una reunión extraordinaria de cuyo tenor se sabe poca cosa. Sí se sabe que fue entonces cuando, por primera vez, se suscitó la posibilidad de ayudar a la República a través de la creación de un cuerpo de voluntarios internacionales (Dimitrov-Bayerlein, pág. 126).

<sup>37</sup> RGASPI: fondo 17, inventario 162, legajo 20, número de expediente 244.

<sup>38</sup> Con respecto a la singladura del *Remedios* y los primeros suministros de combustible a la República estoy profundamente en deuda con Guillermo Martínez Molinos.

Este fue el germen de la idea de las Brigadas Internacionales, pero en aquellos momentos quedó como un tema que exigía una mayor reflexión. Era obvio, no obstante, que su cuadro natural era la Comintern y no tanto el Sovnarkom. Las actuaciones de los servicios de éste, mucho más comprometedoras para la Unión Soviética, debían mantenerse en un discreto segundo plano.

Dos acontecimientos externos impulsaron el deslizamiento soviético hacia una decisión definitiva. El primero fue el continuado deterioro de la posición militar republicana, que cabe seguir por las noticias y el tono crecientemente alarmista de los informes del GRU<sup>39</sup>. El segundo consistió en el apoyo a Franco de alemanes e italianos, que no sólo no cesó con la entrada en vigor formal del acuerdo de no intervención sino que se acentuó, a medida también que se acentuaban las noticias en la prensa fascista (o sublevada) respecto a la presunta ingerencia soviética en los asuntos españoles. Esta secuencia es la que suelen velar los autores neo-franquistas.

Para Stalin, que había autorizado la adhesión formal de la Unión Soviética a la no intervención en los días finales de agosto, el comportamiento de las potencias fascistas debió mostrar claramente que estaban decididas a reirse de sus recientes compromisos internacionales. Es posible que la intervención italiana no le preocupase demasiado. La del Tercer Reich era otra cosa. Para entonces, Stalin divisaba en Hitler la gran amenaza a la seguridad soviética. El apoyo que el líder nazi prestaba a los sublevados sólo podía entenderse como un acto de agresión y no dejaron de alzarse voces que lo atribuían al deseo, sin duda exagerado, de Hitler de establecerse en la península.

La reacción soviética consistió en consentir la entrada del PCE en el Gobierno de defensa nacional que Largo Caballero formó el 4 de septiembre, salvando las resistencias iniciales. Como en otras ocasiones durante la guerra civil, las exigencias locales llevaron a los comunistas españoles a sugerir líneas de acción en las que la IC no había reparado. Este fue uno de los primeros ejemplos. En Moscú se había jugado hasta finales de agosto con la idea de continuar apoyando a Giral.

Sin embargo, una de las primeras cosas que Rosenberg hizo nada más llegar a Madrid fue mostrarse demasiado incisivo en presentar

---

<sup>39</sup> Y, naturalmente, por la prensa de la época. Aquí partimos de la hipótesis de que Stalin y la dirección soviética se fiarían más de los informes del GRU que de las noticias que aparecían en los medios de comunicación, soviéticos o extranjeros.

los deseos soviéticos. Mal comportamiento para alguien que no conocía España ni a los españoles. Como es natural, informó de sus gestiones a Moscú, pero no tardó en recibir una respuesta de gran dureza. El mismo día de la formación del nuevo Gobierno, Litvinov le envió un enérgico mensaje reconviniéndole por inmiscuirse en la política interior española. Fue una regañina que debió sentar mal al novato embajador, uno de los protegidos del comisario en sus anteriores destinos en París y en la Sociedad de Naciones.

Sin duda, la elección de Rosenberg no fue de las más afortunadas, aunque también conviene mencionar que incluso un militar como Gorev, de quien el posterior general Vicente Rojo dejó una semblanza más que calurosa, debió tener en paralelo la tentación de «mandar» a sus colegas españoles. Litvinov aprovechó la ocasión para informar al embajador de que sus superiores habían criticado también a Gorev por sus propuestas de entrometerse en la organización militar republicana. La orden tajante del comisario fue que los temas de política española, militar o no militar, debían quedar estrictamente en manos de los españoles<sup>40</sup>.

La imagen que se desprende de este episodio contradice muchos de los asertos contrarios que pululan por la literatura. Habría que mostrar fehacientemente que, después de recibir la orden por escrito, Rosenberg se la saltó a la torera. Lo normal es que tanto él como su equipo dieran desde entonces muestras de gran circunspección. Otra cosa es, no obstante, que como se refleja por ejemplo en algunos de los despachos de Gorev, publicados en la colección de Radosh *et al*, en la desorganizada estructura administrativa del momento, y en particular en el Ministerio de la Guerra, las sugerencias soviéticas no siempre cayeran bien.

Aunque por desgracia no conocemos las incitaciones republicanas, que debieron acentuarse tras la llegada de Rosenberg, si está documentada una segunda reacción de Stalin, que se produjo dos días más tarde. El 6 de septiembre telegrafió a Kaganovich, su brazo derecho en el Politburó, para que se estudiara en Moscú con toda urgencia la posibilidad de vender a México cincuenta bombarderos de gran velocidad con el fin de que tal país los revendiera a la República. También convendría seleccionar a una veintena de los mejores pilotos soviéticos para que participaran en combate y pudie-

---

<sup>40</sup> La reconvención de Litvinov se encuentra en AVP RF: fondo 010, inventario 11, expediente 71, legajo 53, páginas 56 y sigs. Elorza y Bizcarrondo (pág. 460) han mencionado sólo una parte de este telegrama, pero de tal suerte que ni la reconvención misma ni los desbordamientos de Rosenberg y de Gorev son aparentes.

sen entrenar a los españoles en el manejo de tales aparatos. Por último, podrían venderse 20.000 fusiles, un millar de ametralladoras y unos 20 millones de balas. Sería necesario saber cuáles eran los calibres necesarios<sup>41</sup>. Stalin recibía en Sochi diariamente gran cantidad de documentación que se le enviaba por vías seguras, y desde su retiro veraniego, que visitaba por última vez hasta el año 1945, mantenía el control sobre todos los asuntos que ocupaban la atención de los líderes soviéticos. Sus jornadas de trabajo a orillas del Mar Negro eran agotadoras.

Dicho telegrama, conocido desde hace algún tiempo, muestra que las sugerencias de Krestinsky de casi un mes antes seguían influyendo en el pensamiento de Stalin. Ahora bien, esto no quiere decir que se tratase de una sugerencia demasiado meditada, al menos por lo que se refiere a los aspectos operacionales. Que un país como México, desprovisto de aviación moderna, pudiera vender a la República 50 bombarderos de alta velocidad y que no figuraban en su flota aérea era totalmente risible. Dicha transacción nunca hubiese podido permanecer oculta. También cabría preguntarse por el lapso de tiempo necesario para efectuar su «venta» y envío desde la URSS al país azteca y para las operaciones subsiguientes entre México y la República. No es de extrañar que la parte más sustantiva de tales sugerencias no se cumpliera, como Stalin había indicado.

Simultáneamente, un nuevo informe del GRU acentuó una imagen negativa de la resistencia republicana. Aunque el entusiasmo no cejaba, la falta de disciplina (sobre todo de los anarquistas), la carencia de un mando único y el pobre entrenamiento de la tropa eran factores que explicaban por qué no había podido, por ejemplo, tomarse el Alcázar de Toledo. No se afirmaba, pero sí se desprendía del informe, que la coyuntura era apropiada para intervenir porque, de lo contrario, todo hacía pensar que el destino de la República quedaría sellado.

Naturalmente los deseos de Stalin debieron estudiarse de forma inmediata. Varios de entre ellos se pusieron en práctica acto seguido. Constituyeron la primera de las cuatro fórmulas en las que se manifestó desde entonces el proceso de deslizamiento soviético hacia la ayuda a la República. La segunda fórmula consistió en el suministro de armamento usado, utilizando dos vías complementarias: las compras en ciertos países europeos y el vaciado de los arsenales propios. La tercera se reflejó en la creación de las Brigadas

---

<sup>41</sup> Este telegrama, de gran importancia, se encuentra reproducido en Davies y cols., pág. 351.

Internacionales, y la cuarta y última se plasmó en ventas directas de material si no de guerra al menos susceptible de ser utilizado para alimentar el combate: camiones en grandes cantidades. Todas estas fórmulas, que distinguimos solamente a efectos analíticos, se contemplaron más o menos en el mismo lapso de tiempo. Las decisiones formales se tomaron con una separación máxima de ocho o diez días entre las dos primeras, al igual que entre las dos últimas.

De las órdenes de Stalin, una parte era de fácil cumplimiento. Es el caso, por ejemplo, del envío de algunos pilotos, que se ejecutó sin dilaciones. Se sabe desde hace mucho tiempo que en el mes de septiembre partieron al menos tres pilotos de caza, nueve pilotos y navegantes de bombarderos y dos ingenieros. Pero no hubo sólo aviadores. También se seleccionó a algunos oficiales del ejército de tierra<sup>42</sup>.

Fue en este período cuando un barco tripulado por 41 marineros comunistas y anarquistas atracó en Batum. En él iban el diputado comunista por Málaga Cayetano Bolívar y otras dos personas. El 12 de septiembre se entrevistaron en Moscú con Togliatti en la secretaría de la Comintern y le solicitaron entre 18 y 20 mil fusiles, amén de 500 ametralladoras y pertrechos (Dimitrov-Banac, págs. 31s). Nada hace pensar que siguieran en ello instrucciones del Gobierno Largo Caballero<sup>43</sup>.

En lo que se refiere a los bombarderos no se ha encontrado hasta ahora prueba documental alguna de que los deseos estalinianos se llevaran a cabo de manera inmediata. Hay, sin embargo, al menos un tenue indicio de que quizá se intentase a través de una compañía norteamericana. Las razones no son difíciles de entender. El envío de aviones desde Estados Unidos a México era mucho más fácilmente realizable y, sobre todo, más rápido y más encubrible que desde la Unión Soviética al país azteca. Estaba, además, en consonancia con las ideas que habían aflorado en Moscú desde, por lo menos, los primeros días de agosto.

---

<sup>42</sup> Ni que decir tiene que para entonces ya operaban contingentes italianos y alemanes al lado de Franco, que aunque todavía no demasiado importantes sí eran significativos.

<sup>43</sup> Krivitsky nunca aludió a esta gestión, que debió sorprender un tanto en Moscú. Hizo, por el contrario, mucho énfasis en otra, de la que no se ha encontrado la menor evidencia documental. Según Krivitsky en agosto habrían llegado a Odesa unos altos funcionarios españoles para comprar armas a cambio de grandes cantidades de oro. Es inverosímil que las cosas ocurrieran de tal suerte, aunque sí es cierto que, desde el primer momento, la República estaba dispuesta a pagar por todo lo que adquiriera en París, Londres, Washington, Bruselas o Berlín. ¿Cómo, si no, hubiera podido obtener armas?

## STALIN PISA EL ACELERADOR

En esta coyuntura tuvo lugar una conferencia en la Lubianka (sede de la NKVD, la temida policía política), el 14 de septiembre, para discutir la ayuda a España. La reveló Krivitsky y desde entonces se ha incrustado en la literatura. Según él participaron el general Uritsky, jefe del GRU, y Abram Slutsky, su colega del departamento de extranjero de la NKVD. Esta versión, que según Krivitsky le narró Slutsky mucho más tarde, no es demasiado afortunada. Si tuvo lugar, fue consecuencia de otra reunión, infinitamente más importante, que se celebró no en la Lubianka sino en el propio Kremlin. La presidió Molotov mismo y con él estuvieron su número dos en el Sovnarkom, Andrei Andreevich Andreev, y Kaganovich, amén de Mijail Abramovich Moskvín, del comité ejecutivo de la Comintern. Esta composición muestra, pues, en el más elevado grado posible las dos ramas esenciales del poder soviético, el Politburó y el Gobierno, sin dejar de lado, aunque en un escalón más bajo, a la Comintern. También participaron Genrikh Yagoda, comisario para Asuntos de Interior y jefe supremo de la NKVD, Slutsky y Uritsky.

No cabe descartar que las noticias que llegaron a Krivitsky estuviesen un tanto deformadas — o que las deformase él mismo, aunque para su argumentación hubiese tenido más peso la reunión presidida por Molotov<sup>44</sup>—, pero en cualquier caso fueron incompletas. Llama la atención que su informante hiciese referencia a una reunión de bajo nivel relativo y no dijese nada de la más importante. En ésta lo que se discutió, a tenor de lo recogido en el diario de Dimitrov (Banac, pág. 32), fue cómo podría prestarse ayuda a los republicanos a través de algún mecanismo de contrabando. Es verosímil que en ella se decidiera cursar órdenes para empezar a adquirir material en terceros países. Esto es precisamente lo que afirmó Krivitsky, atribuyéndose el protagonismo del montaje de la operación a través de una red de empresas fantasmas que, según él, empezó a crear sin dilación.

El problema con tales afirmaciones es que, como Howson ha demostrado (págs. 292-297), muchas son rotundamente falsas. Lo que sí se sabe, porque de ello informó Vorochilov a Stalin el 13 de diciembre, es que se adquirieron armas en Checoslovaquia, Francia y

---

<sup>44</sup> A no ser que fuese víctima de ese síndrome que padecen algunos autores a la hora de sobre enfatizar la importancia en la alta política de los servicios secretos, tan típico de una literatura que cosecha grandes ventas en el mundo anglosajón.

Suiza y que se pagaron con fondos propios por un total de, aproximadamente, dos millones de dólares (Howson, pág. 159). Se trataba de fusiles, fusiles ametralladores, ametralladoras pesadas y cartuchos. Todo era de segunda mano, se reparó y se envió en buen estado, con un descuento sustancial.

La tercera fórmula tuvo como escenario la Comintern, donde el tema español se había convertido en objeto de discusiones sin cuento. A pesar de las desinformaciones que aún pululan por la literatura pro-franquista<sup>45</sup>, está claramente documentado que la decisión de crear las Brigadas Internacionales se adoptó durante las reuniones del presidium y del comité ejecutivo entre el 16 y el 19 de septiembre. No era demasiado innovadora, pues desde los primeros días tras el golpe militar a las variopintas filas republicanas se habían añadido, más o menos en desorden al principio y más ordenadamente por nacionalidades después, voluntarios de los más diversos orígenes.

Lo que la decisión de la Comintern implicaba es que la capacidad organizadora y de atracción de los distintos partidos comunistas nacionales se pondría al servicio del reclutamiento y envío a España de voluntarios, comunistas o no. De entre ellos no faltaban quienes ya tenían experiencia de combate adquirida en la primera guerra mundial, otros habían servido en los ejércitos de sus propios países, pero una gran parte carecía de toda experiencia militar. Nada hacía pensar, en septiembre de 1936, que las Brigadas llegasen a adquirir la importancia que más adelante tuvieron y que se utilizasen poco menos que como tropas de choque del naciente Ejército Popular. Nunca pudieron competir con el puño de acero que, bajo la forma de la Legión Cóndor, Hitler decidió regalar a Franco al mes siguiente de su creación<sup>46</sup>.

Tras lo ocurrido en el seno de la Comintern, la acción se desplazó de nuevo al Sovnarkom. Sobre la mesa de los líderes soviéticos se amontonaron informes del GRU que pintaban un cuadro sombrío de la situación. Uno, del 15 de septiembre, destacó que los republicanos seguían lastrados por la carencia de una dirección única operativa, por la dispersión, por la autonomía con que actuaban sus fuerzas y por la débil interacción de sus efectivos. El Gobierno daba

---

<sup>45</sup> Por ejemplo, de la Cierva (2003, pág. 504), Vidal (2006 b, pág. 65). Y también por la literatura que no se pone al día (Bennassar, págs. 145 y sigs.).

<sup>46</sup> El deseo de enfatizar la «reprobable» intervención soviética lleva a algunos autores como Vidal (pág. 227) a plantear un supuesto de transmisión instantánea: según él, a mediados de septiembre las Brigadas ya se encontraban en España.

muestras de flaqueza. La defensa de Madrid, a la que se aproximaban las columnas de Franco, estaba en mantillas. Mientras tanto, continuaba el flujo de suministros a los sublevados procedentes de Alemania e Italia, en parte a través de Portugal. Eran informaciones sustancialmente correctas.

El 19 del mismo mes otro informe fue muy crítico con el Gobierno de Largo Caballero. Los refuerzos llegaban de forma desorganizada y ocasional. Las victorias mantenían alta la moral de los rebeldes pero si eran derrotados quizá se produjeran entre ellos síntomas de desintegración. El responsable de la Comintern en España, Victorio Codovilla, unió su voz en un importante análisis el 22 de septiembre. Había asistido a las reuniones en Moscú la semana anterior y sin duda estaba familiarizado con el ambiente que allí se respiraba en cuanto a los temas españoles. Dada la intervención de las potencias fascistas, señaló, la lucha podría durar mucho tiempo, pero si tal ayuda no continuaba como hasta el momento (lo cual era un tanto hipotético), si el programa del gobierno republicano se llevaba a la práctica, si se establecía la unidad de mando y de operaciones y si se transvasaban las fuerzas de un frente a otro, el «fascismo» sería destruido<sup>47</sup>. Gorev, por su parte, envió también sus impresiones. Con las salvedades de rigor, su mensaje concluía en un tono un tanto optimista: no todo estaba perdido.

Mientras tanto, el Gobierno de Largo Caballero seguía empujando. Sus comunicaciones con la embajada soviética en Madrid no se han localizado, pero debieron ser más complejas de lo que suele creerse. Ello se refleja, por ejemplo, en los resultados de la última fórmula por la que atravesó la creciente imbricación soviética. En comparación con las anteriores es mucho menos espectacular, pero también resulta significativa. Se trata del suministro de camiones. Una primera operación se formalizó el 5 de octubre<sup>48</sup>. Esto hace pensar que debió prepararse con cierta antelación, probablemente a finales de septiembre, porque el 28 de este mes la CAMPSA firmó un efecto para pagar un suministro de víveres al Ayuntamiento de Madrid. La operación versó sobre un pedido nada desdeñable: un millar de vehículos al precio de 1.250 dólares cada uno, más 60 dólares por un juego de piezas de repuesto, entregables en puerto español y pagadero en tres plazos de 70, 85 y 100 días<sup>49</sup>.

<sup>47</sup> El informe está reproducido en Komintern, doc. 35, págs. 119-145.

<sup>48</sup> Toda la documentación sobre este tipo de ayuda se encuentra en AJNP.

<sup>49</sup> Dejamos de lado dos manifestaciones de la ayuda soviética: la alimentaria y la financiera. La primera fue encaminándose poco a poco a España. La segunda se



Fue en esta coyuntura, en la que abundaban más las sombras que las luces para la acosada República, cuando Stalin tomó la decisión de echar su cuarto a espadas en la escena española. Gracias a Rybalkin, de nuevo, se sabe lo que hizo. El 26 de septiembre, desde Sochi, llamó por teléfono a las 15:45 de la tarde al mariscal Vorochilov<sup>50</sup> y le «sugirió» que se considerara urgentemente la posibilidad de vender a los republicanos el siguiente material: entre 80 y 100 tanques T-26 desprovistos de cualquier señal que pudiese demostrar que habían sido fabricados en factorías soviéticas, amén de 50-60 bombarderos SB equipados con ametralladoras de procedencia extranjera. Con los tanques debía ir el personal necesario para utilizarlos. La venta debía hacerse «a través de México». Esto, para entonces, no respondía a la realidad: «México» era un término en clave que denotaba España.

Al día siguiente, el GRU preparó un nuevo informe dando cuenta de la evolución militar. Registraba los avances alcanzados por los sublevados, la baja moral republicana y una ligerísima mejora de la situación política en Madrid. La toma de Toledo tendría una gran repercusión, como así fue. El mismo 27 de septiembre el Comisariado para la Defensa confirmó a Stalin que se encontraban listos para su envío un centenar de tanques (de ellos la mitad de forma inmediata), 387 especialistas, 30 aviones sin ametralladoras y tripulaciones completas para 15 aviones, además de la munición correspondiente.

La expedición era más importante que las primeras que Hitler y Mussolini habían hecho en los momentos iniciales a Franco. Esto podría indicar que Stalin quizá pretendiese poner a los republicanos en condiciones de compensar la superioridad de material moderno que ya habían recibido los sublevados. No era, sin embargo, una expedición masiva y posiblemente la Unión Soviética hubiera estado en condiciones de trasladar a España de entrada un volumen superior. En cualquier caso, en la reunión del Politburó del 9 de octubre se encargó a Vorochilov que preparase nuevos envíos, muestra evidente de que pronto se advirtió en Moscú que la primera expedición no daba para mucho.

---

trajo en la detracción de un pequeño porcentaje del salario de los trabajadores soviéticos y su transferencia ulterior a la República. Aunque significativas, tuvieron naturalmente un carácter muy diferente.

<sup>50</sup> Toda una serie de autores, Beevor el último, señalan que fue al contrario y que Vorochilov llamó a Stalin. Se equivocan. O han interpretado mal a Rybalkin, quien vio la copia de la llamada, o se basan unos en otros. El más «alegre» es Vidal, que hace retroceder la decisión estaliniana un mes.

## UN ENCUADRE DE LA DECISIÓN DE STALIN

Hasta aquí los datos que revelan los archivos, al menos los que hemos localizado, y el innovador estudio de Rybalkin, complementado con el de Schauff. Se observa con claridad un deslizamiento progresivo, férreamente controlado, desde los significativos pero modestos comienzos de la decisión del Politburó del 22 de julio. En los dos meses siguientes la situación fue degradándose peligrosamente para la República, tanto en el plano interno como en el internacional. Las columnas de Franco avanzaban incontenibles desde el Sur. Madrid estaba a punto de ser rodeado. La no intervención paralizaba o imposibilitaba los suministros foráneos y, en cualquier caso, no permitía adquirir el material necesario para una guerra algo más moderna: tanques y, sobre todo, aviones. Las democracias habían negado su apoyo al Gobierno de Madrid y las potencias fascistas se reían de los solemnes compromisos asumidos. Aunque en agosto y principios de septiembre menudearon en la prensa, e incluso en los despachos de los diplomáticos occidentales, incluidos los fascistas, referencias al suministro de material de guerra soviético, la realidad es que no respondían a los hechos.

La mera secuencia temporal de los acontecimientos, tal y como la hemos descrito, permite pensar que la decisión de Stalin tuvo un elevado componente de reacción a las ingerencias de las potencias fascistas. A diferencia de Hitler, el dictador soviético no procedió con la rapidez del rayo. Su conducta fue también infinitamente más cautelosa que la de Mussolini, quien aguardó unos días para ver por dónde se decantaban la Unión Soviética y el resto de las potencias. Aunque poco a poco Stalin fue sentando las bases para una eventual intervención, y lo hizo tanto por vías abiertas como encubiertas, todavía hubieron de transcurrir dos meses antes de que, desde su retiro de vacaciones, ordenase un paso al frente relativamente modesto, con independencia de que en Moscú se hubieran establecido planes de contingencia que, por cierto, todavía no se conocen.

Cuando Stalin dio su luz verde Franco estaba a punto de ponerse al frente de los sublevados. Había conseguido tal serie de victorias y ocupado tan elevado porcentaje del territorio que, a todos los efectos, era ya indeseable. Es imposible no pensar que Stalin abrió la espita de la ayuda soviética con plena conciencia de que, sin ella, la República estaba abocada a una derrota inminente, tanto por la ineficacia de su resistencia como por la discordia existente entre las heterogéneas fuerzas que se daban cita en el campo gu-

bernamental. Frente a los casos de Hitler y de Mussolini, la intervención de Stalin en el avispero español se hizo a sabiendas de la desesperanza de la situación republicana. Así como los motivos de los dictadores fascistas pueden intuirse con un elevado grado de exactitud (lo cual no quiere decir que haya unanimidad en la interpretación que los historiadores den a los mismos<sup>51</sup>), el caso de su homólogo soviético es más difícil de desentrañar.

El tema ha sido objeto, en efecto, de valoraciones muy dispares. Para los historiadores comunistas, o de simpatías comunistas, nunca planteó dificultades conceptuales. Siguiendo una tradición que se remonta a los tiempos de la guerra misma, siempre les pareció una manifestación de solidaridad inesquivable en la lucha contra el fascismo que lideraba la Unión Soviética. Al lado opuesto hay otra literatura, nutrida de corrientes ideológicas más diversas pero que ofrece una interpretación absolutamente contraria. También echa, en parte, sus raíces en los tiempos de la guerra civil. Para anarquistas, trotskistas y poumistas (todos muy activos en la difusión de sus tesis, sobre todo, vía internet), Stalin deseaba ahogar en sangre las posibilidades de emancipación auténtica del proletariado español, anulando la embriagante revolución que, impetuosa, se abría camino. Para los conservadores y la derecha, el dictador soviético aspiraba a crear en España un anticipo de lo que serían las democracias populares de la Europa central y oriental. En los tiempos de la confrontación ideológica y política entre los dos bloques ésta fue una fórmula que tuvo pleno éxito y que sigue encontrando sostenedores muy firmes, ya que tanto la guerra civil como la guerra fría continúan desarrollándose sobre el papel. En ella figuran en lugar destacado Bolloten, Payne y Radosh y colaboradores.

Creemos, no obstante, que no deben subestimarse dos fenómenos esenciales y en cuyo sustrato es preciso detenerse. En primer lugar, la comprobación que los soviéticos hicieron de que las potencias fascistas habían continuado en España con su política agre-

---

<sup>51</sup> En el caso de las potencias fascistas predominaron los aspectos geoestratégicos y geopolíticos. Hitler pretendió cambiar la orientación pro-francesa de la política exterior española y apurar a un nuevo Gobierno que no debería nada a Francia aunque sí mucho a Alemania. Mussolini continuaba una actitud agresiva contra la República y buscaba, en el marco de una estrategia de expansión imperial, analizada entre otros por Heiberg, adelantar sus peones en el Mediterráneo («el mar latino»), contra Francia y eventualmente el Reino Unido. La motivación ideológica de «lucha contra el comunismo», que todavía subrayan algunos autores, fue de orden meramente propagandístico y no un resorte primario para sus intervenciones respectivas.

siva. Si bien las opiniones en Moscú podían divergir en cuanto a la etiología es verosímil que el abanico no fuera muy amplio, porque al fin y al cabo casi todos los que tomaban las decisiones estaban de acuerdo en que el fascismo, al menos en su vertiente germana, representaba una amenaza para la seguridad de la Unión Soviética. El problema era cómo lidiar con su agresividad en términos operativos y, en términos más concretos, qué hacer en el caso de España. En segundo lugar, la guerra civil provocó una gran efervescencia en la opinión mundial de izquierdas. Una parte de ella obedecía, ciertamente, a las campañas desarrolladas por los partidos comunistas nacionales, siguieran o no las instrucciones de la Comintern. Pero otra parte no. La combinación de ambos fenómenos afectaba, no obstante, de manera crucial a dos dimensiones esenciales de la política soviética: los esfuerzos por robustecer el sistema de seguridad colectiva (es decir, esencialmente de contención del Tercer Reich) en las mejores condiciones posibles para la URSS, y la autoconcepción de ésta como líder de la izquierda internacional. Eran dos dimensiones en las que existían enfoques contrapuestos.

Litvinov abogó por no entrometerse en España. Aspiraba a impulsar una dinámica que, tras el pacto franco-soviético de 1935 que introdujo un acercamiento político aunque nunca tuvo un protocolo militar, condujera a Francia y, por ende, al Reino Unido a establecer un valladar contra los designios expansionistas que atribuía, con razón, a Hitler. Tal actitud es documentable. En una carta a Maisky, embajador en Londres y representante en el CNI, del 25 de junio de 1937 (y a la que éste, prudentemente, no alude en sus memorias, como no lo hace en general con las instrucciones que recibía), Litvinov no ocultó que la decisión de intervenir le parecía desafortunada.

Si hubiéramos permanecido al margen de la guerra civil el resultado cierto de esta postura hubiese sido un reforzamiento de nuestros vínculos con Gran Bretaña y Francia. Se hubiera dado un paso hacia adelante a favor de una combinación anglo-franco-soviética que hubiera sido de considerable importancia para consolidar las fuerzas amantes de la paz en la coyuntura de un período pre-bélico (Dullin, 2004, pág. 130).

Esto es dudoso. Litvinov, anglófilo convencido, casado con una inglesa, con gran experiencia del Reino Unido, no tenía suficientemente en cuenta la animadversión profunda que reinaba en los círculos gobernantes británicos en contra de un *rapprochement* hacia la Unión Soviética. La actitud del comisario reflejaba, en buena me-

dida, una postura defensiva que interpretaba correctamente la hostilidad que Hitler albergaba hacia la Unión Soviética. A Litvinov le bailaban ante los ojos dos ideas. Dado que los pactos de la URSS con Francia (y Checoslovaquia) eran, al fin y a la postre, inadecuados porque carecían de un componente de defensa, la primera esgrimaba en inducir un arreglo de esta índole con el Frente Popular francés. La segunda apuntaba hacia un «gran bloque» formado con Francia, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia y Turquía que pudiese alentar a Hitler a retroceder. Era posible, pensaba, que generase cierto respeto en el Reino Unido y en Italia, incluso aún cuando no lo firmaran. Era verosímil que Polonia se adhiciese. Sólo Hungría se alinearía con Alemania. Tal coalición era tanto más urgente cuanto que los pasos que Hitler estaba dando tendían, a su vez, a aislar a la Unión Soviética (Pons, pág. 46). Ciertamente era lo que ocurría con Italia. La idea fue desestimada por el Politburó. En este contexto se produjo la decisión de Stalin de ayudar a la lejana República española.

En cuidado lenguaje, Litvinov había insinuado esta posibilidad en el telegrama a Rosenberg de 4 de septiembre, ya mencionado. Según el comisario la ayuda al Gobierno español se había discutido en innumerables ocasiones tras la marcha del embajador y se había llegado a la conclusión de que no era posible enviar nada. Era preciso que los españoles comprendieran que, debido a la lejanía, la carencia soviética de fusiles y cartuchos de los calibres que se necesitaban en España y los riesgos de que los sublevados interceptaran los transportes, las posibilidades eran muy limitadas.

Se trataba de consideraciones pragmáticas que terminaron dejándose de lado. Litvinov utilizó una argumentación que desde el primer momento se había abierto camino en el Comisariado para los Asuntos Exteriores. Según ella, una eventual ayuda soviética podría servir de pretexto a Alemania e Italia para organizar una intervención abierta y enviar suministros a los sublevados, alcanzando dimensiones que Moscú no tendría posibilidades de igualar. Las potencias fascistas podían enviar armamento bajo protección. La Unión Soviética, no. Estaban más cerca y, en comparación con la ayuda que pudiera proporcionarse al Gobierno republicano, los sublevados recibirían mucho más. Era inevitable que ello empeorase la situación de las tropas gubernamentales.

El comisario subrayó que en Moscú se entendía perfectamente que los sublevados recibían ayuda de sus amigos del extranjero, aunque tuviera que realizarse de manera un tanto subrepticia (subestimaba en ello tanto a Hitler como a Mussolini) por lo que su amplitud no era grande. Consciente de las discusiones en Moscú,

Litvinov añadió, no obstante, que si se demostrara fehacientemente que a pesar de las declaraciones de no intervención las potencias fascistas seguían prestando ayuda a los sublevados cabría modificar la posición y ejercer influencia sobre el Gobierno francés. Este era, en efecto, el que tenía más posibilidades de ayudar a la República que todos los demás países europeos juntos<sup>52</sup>. En esto fue premonitorio.

Litvinov señaló que las noticias de prensa sobre los suministros a los sublevados no equivalían a una prueba formal. La detección de cualquier tipo de aviones de marca alemana o italiana, o incluso de pilotos, tampoco podía servir como contrastación de una violación de la no intervención, ya que los culpables siempre podrían afirmar que se les había enviado antes de que entrara en efecto. Era en el CNI donde cabía exponer todo tipo de quejas relacionadas, basadas en evidencia indiscutible y testimonios imparciales. De ello surge la impresión de que Litvinov, en sus reflexiones destinadas al embajador en España, confiaba en el CNI, por lo menos al principio.

No extraña, por ello, que los apuntes del comisario indiquen que el Politburó había discutido extensamente la actitud por tomar. Más adelante contienen valoraciones que, por desgracia, todavía no he visto documentadas. Según tal fuente, Stalin se inclinaba hacia una política de completa neutralidad. Molotov se oponía, y Vorochilov le apoyaba. De ser cierto, significaría, ni más ni menos, que en un principio no hubo una línea unívoca, que Stalin dejó efectivamente que revolotearan bastantes ideas (aunque no tardasen en aflorar las que preconizaban una acción de apoyo directo) y que es difícil que no se suscitara las consecuencias verosímiles sobre el acercamiento soviético a Francia, la posición de ésta, su debilitamiento estratégico caso de que triunfara la sublevación apoyada por las potencias fascistas y la aspiración propia a robustecer (aunque en términos aceptables para el Kremlin) la política de seguridad colectiva. Ahora bien, después de la primera reunión del CNI las posturas cambiaron. Entonces Molotov solicitó que se enviara ayuda a Largo Caballero en la primera ocasión, aunque en Moscú no se tenía mucha confianza en él. ¿Qué había pasado? Lo que había pasado es que Stalin, desde Sochi, había empezado su giro, que Molotov se plegaba rápidamente y que las solemnes declaraciones de no intervención se revelaban como un auténtico fracaso.

---

<sup>52</sup> Como hemos indicado, una parte de esta carta se encuentra en Elorza/Bizcarrondo, pág. 460. Hay otra parte, que estos autores no han considerado, en Schauff, pág. 206. Aquí se recoge de forma más amplia en base al original.

Los apuntes de Litvinov contienen alusiones que son sustancialmente correctas. La NKVD había informado de que muchas armas destinadas a los sublevados entraban por Portugal, lo cual había sido cierto en un primer momento. En Moscú se disponía de datos y cifras precisos sobre los suministros, los nombres de los barcos alemanes e italianos que los transportaban e incluso la participación de bancos portugueses. Hoy sabemos que se trataría, probablemente, de una primera ayuda financiera privada a Franco. Con todo el Politburó siguió discutiendo. Se produjeron debates prolongados. Stalin vacilaba, lo cual no era frecuente en él. El cambio de postura de Molotov era todo menos intrascendente. El comisario para Asuntos Exteriores no formaba parte del minúsculo círculo que tomaba las grandes decisiones estratégicas. Molotov, sí.

Por otro lado, Litvinov era consciente de que existía una contradicción inherente entre el apoyo a una República de la que el Reino Unido se separaba porque veía en ella la traducción de la *mainmise* de Moscú y el cortejo simultáneo a los británicos para que se incorporasen a un frente común contra el Tercer Reich. Ahora bien, los altos dirigentes soviéticos que realmente contaban tampoco la ignoraban ni la ocultaron a los republicanos. En una famosa carta del 21 de diciembre de 1936 Stalin, Molotov y Vorochilov llamaron la atención a Largo Caballero sobre la conveniencia de «impedir que los enemigos de España vean en ella una república comunista y prevenir así su intervención declarada, que constituye el peligro más grave para la España republicana». Si se asentaba en España un régimen soviético, el Reino Unido, Francia y Estados Unidos adoptarían una postura no neutra sino contraria. De ahí la insistencia en el fortalecimiento de un régimen parlamentario y democrático burgués que abriera en España mayores posibilidades de victoria. Esta constatación, elemental, la había hecho ya en fecha muy temprana el embajador Pablo de Azcárate ante el Foreign Office, donde se estrelló contra una pared, a pesar de que de puertas adentro los británicos esgrimieran argumentos del mismo tenor para robustecer aún más su política de inhibición, que era en realidad de profunda hostilidad a la República.

#### CONSIDERACIONES ESTRATÉGICAS, POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS TRAS LA LUZ VERDE

En las reflexiones que Stalin fue madurando en su retiro veraniego hubieron de pesar consideraciones geoestratégicas y geopolíticas que algunos autores, como por ejemplo Smyth, acentúan muy particularmente. Si España se hundía en manos del fascismo,

ello representaría un peligro para Francia, y Francia constituía el primer eslabón de la cadena que debía cercar las ansias expansionistas del Tercer Reich<sup>53</sup>. Ni que decir tiene que en tal supuesto Hitler se vería inducido a llevar a cabo una política más agresiva. Ésta, tarde o temprano, se dirigiría en contra de la URSS. Por los análisis de la política soviética efectuados por la embajada británica en Moscú cabe apreciar que la relación de la URSS con Francia es algo que también les parecía esencial a los diplomáticos del Reino Unido al tratar de otear la perspectiva del Kremlin<sup>54</sup>. Si Francia se veía en peligro, la estrategia de seguridad soviética que en 1936 pivotaba sobre Francia quedaría amenazada. Éste era un escenario que cabía contener: el tenor de los informes que verosíblemente estuvieron sobre la mesa de trabajo de Stalin en Sochi coincidía en numerosos aspectos. Dos de ellos eran esenciales: en primer lugar, que la República no tenía necesariamente perdida la partida; en segundo lugar, que una eventual victoria era sólo posible si se reequilibraban los sustanciales apoyos materiales que prestaban a los sublevados las potencias fascistas.

Ello no significa olvidar que, como ha señalado Roberts (1999, págs. 88s), Stalin no fuera consciente de las limitaciones del enfoque de la seguridad colectiva ni que, por mor de las relaciones con Francia y el Reino Unido, estuviese dispuesto a malgastar un kopek en alinearse con las potencias democráticas. La ayuda a la República, por el contrario, ocasionó fricciones, y malos tenían que ser los diplomáticos o los servicios de inteligencia soviéticos para no darse cuenta de que, cuanto más se ayudara a los republicanos, mayor sería la suspicacia con la que aquéllas contemplarían la ingerencia en la contienda española.

En último término, la protección de la seguridad soviética pasaba por dar a conocer, alta y claramente, una postura esencial: la única forma de lidiar con las potencias fascistas consistía en no dejarse amilanar. Maisky (págs. 132 y sigs.) relata el intercambio de opiniones «espontáneo» que en junio de 1937 tuvo con el presidente del Comité de No Intervención, Lord Plymouth. A la afirmación de éste de que la labor del comité, por muy defectuosa que hubiese sido,

---

<sup>53</sup> Cabría añadir que la prensa del PCF había venido remachando que al batirse por España, los republicanos se batían también por la seguridad de Francia: Broué, págs. 74 y sigs. El 12 de agosto el dirigente comunista francés Jacques Duclos subrayó que no cabía aceptar que se cercara a esta última.

<sup>54</sup> Las valoraciones correspondientes se reproducen en el apéndice documental de Viñas 2006.



había aminorado considerablemente el peligro de una guerra europea, el embajador soviético replicó que, muy al contrario, lo había aumentado. Hitler y Mussolini se habían convencido de que no tenían por qué temer una oposición seria y ello había reforzado su sentimiento de impunidad. Y, a decir verdad, las cosas discurrieron no como pensaba el distinguido diplomático británico, sino como argumentaba su interlocutor. Roberts (2000, pág. 152) recuerda que el presupuesto soviético de defensa se había incrementado en un 340 por 100 entre 1932 y 1937 y que se duplicó de nuevo entre este último año y 1940. Se trató de un esfuerzo considerable que no pudo por menos de contribuir a sostener el enfoque que consistía en no dejarse acoger por la amenaza que representaban las potencias fascistas.

Ahora bien, si el elemento político-estratégico dominó la decisión de Stalin, ello no significa que no hubiese otros. El dictador soviético tenía preocupaciones adicionales muy básicas en los meses de agosto y septiembre de 1936. Había lanzado un combate sin cuartel contra el desviacionismo trotskista. Su implicación personal, directa, inmediata y continuada en la dinámica que condujo a la ejecución de Kamenev, Zinoviev y restantes coacusados, punta del iceberg de la bautizada «facción zinovievista-trotskista», está documentada con toda minuciosidad. Es algo que no se les escapaba a los funcionarios de la Comintern.

En el informe de Chubin de 7 de agosto, que ya hemos mencionado, una gran parte se dedicó al movimiento trotskista y a su relación con los acontecimientos de España. El autor destacó como factor relevante el que los trotskistas en Francia se hubiesen apresurado a señalar que ya ellos habían previsto la evolución que seguiría la situación española. La rebelión, en particular, había sido preparada por los errores y equivocaciones del Frente Popular y no sería la República burguesa la que salvara a España, sino la revolución proletaria. En esta perspectiva, la impresión que de ello se desprendía era que España constituía un campo abonado para el éxito de las tesis y predicciones trotskistas. No es algo que en Moscú pudiera contemplarse con serenidad. ¿Qué hacer?

Chubin sugería tres alternativas: la primera estribaba en ignorar a un movimiento cuya influencia era muy reducida, pero esto no resultaba conveniente porque los trotskistas aprovecharían todas las ocasiones posibles para esparcir sus provocaciones; la segunda consistía en hacer frente a sus puntos de vista contra-revolucionarios en Francia y en España sin conectar tal acción con la Unión Soviética. Tampoco esto parecía correcto teniendo en cuenta la penetración del trotskismo en las filas anarquistas, como se

demostraba en Barcelona. La tercera llevaba a considerar las posiciones trotskistas en ambos países desde el punto de vista de su relación con el Gobierno soviético y los intentos por derrumbarlo. Ello equivalía a querer derrotar a la Unión Soviética en su lucha contra el imperialismo. Se trataba, afirmó Chubin, de la única vía adecuada.

Curiosamente, este último enfoque no se distanció mucho del que más tarde planteó el teniente coronel Simon, responsable del *Deuxième Bureau* en Moscú<sup>55</sup>. Las causas de la persecución de los trotskistas, indicó, tenían que ser más profundas que las que se adujeron públicamente. Estaba en juego la estabilización del régimen soviético y Stalin se disponía a asegurar, por todos los medios, la continuidad de su obra. Simon pensó que probablemente era también una medida precautoria. El descontento se había extendido en la Unión Soviética y quizá Stalin había querido golpear con fuerza para evitar que saliera a la superficie y se manifestara abiertamente. En esta coyuntura, concluiremos nosotros, el apoyo a un régimen acosado por el fascismo podía presentarse como una demostración obvia de la justeza de los dos virajes operados previamente: en el plano de la política exterior y de seguridad con el viraje hacia la Sociedad de Naciones y la defensa de la política de seguridad colectiva, y en el plano ideológico tras el VII congreso de la Comintern, que abrió la puerta a la participación de los partidos comunistas en Frentes Populares. De cara a España, creo que es posible sostener que el plano estratégico e ideológico se entrecruzaban perfectamente.

No cabe, pues, descartar la perspectiva ideológica como reflejo de un análisis que no carecía de elementos paranoicos. En Sochi, cuando el 6 de septiembre Stalin inició el giro de su política hacia España, dio a conocer sus propias impresiones a Kaganovich sobre la forma en que *Pravda* hubiera debido tratar y explicar el juicio contra la facción «zinovievista-trotskista» —y que no hizo. Los ejecutados albergaban, según él, las más aviesas intenciones y eran reos del mayor pecado posible en la jerarquía de la repugnancia soviética: «la derrota del socialismo en la URSS y la restauración del capitalismo». La pugna contra

Stalin, Vorochilov, Molotov (...) y otros es una lucha contra los soviets, contra la colectivización, contra la industrialización (...)

---

<sup>55</sup> Los detalles se encuentran en un informe secreto referido a los acontecimiento de octubre y noviembre del teniente coronel Simon, fechado el 5 de diciembre de 1936. SHD: legajo 7N 3122.

Porque Stalin y los demás dirigentes no son individuos aislados sino la personificación de todas las victorias del socialismo en la URSS, la personificación de la colectivización, de la industrialización y del florecimiento de la cultura, es decir, la personificación de los esfuerzos de trabajadores, campesinos y de la *intelligentsia* trabajadora en pos de la derrota del capitalismo y del triunfo del socialismo» (R. W. Davies y cols., págs. 349 y sigs.).

Al nivel del jefe supremo no cabe menospreciar este tipo de afirmaciones, y autores que han estudiado al Stalin de aquella época, tal es el caso de Chinsky, se han cuidado mucho de no hacerlo. Son afirmaciones que permiten, subraya, aquilatar el peso de la ideología en la práctica política estaliniana. Es evidente que Stalin quería que su primera gran purga política se percibiera desde el punto de vista que, con precisión, desarrolló ante Kaganovich. Lo había echado de menos en *Pravda* y lo lamentaba. Se había perdido, afirmó, una gran oportunidad.

Tampoco se trataba de meras elucubraciones teóricas. El 11 de septiembre Stalin aceptó la sugerencia de expulsión del comisario del pueblo adjunto para la Industria Pesada, a pesar de que había participado con otros «sospechosos» pocas semanas antes en una campaña de prensa denunciando a zinovievistas y trotskistas y solicitando la ejecución de los acusados. En la reunión del presidium de la Comintern del 16 una de las cuestiones más importantes había estribado en identificar las lecciones que cabía extraer del juicio de cara a los partidos comunistas y al movimiento obrero internacional. No menos significativo es que poco más tarde, el 25 de septiembre, Stalin ordenase la remoción de Yagoda de su puesto de comisario del pueblo para los Asuntos de Interior y que lo sustituyera un hombre incluso más terrible, Nikolai I. Yezhov, quien rápidamente se convirtió en su mano derecha para el lanzamiento de una campaña masiva de purgas y de terror. En pronta escalada, el 29 de septiembre, el mismo día en que el Politburó aprobó formalmente el envío de suministros militares a España, Stalin firmó el decreto sobre «los elementos contrarrevolucionarios trotskistas y zinovievistas», que apuntaba pura y simplemente a la destrucción total de los mismos (Khlevniuk, pág. 159).

La discusión ideológica discurría en la misma línea. En los debates del presidium de la Comintern pocos días antes, Togliatti (uno de los hombres importantes de Stalin en España en el futuro) se había basado en el diagnóstico de Dimitrov de que la lucha contra el trotskismo era un componente integral del antifascismo. Togliatti, para su eterna vergüenza, fue más allá: según ha recordado Pons,

el trotskismo no podía considerarse como una corriente dentro del movimiento obrero. Se había convertido, ni más ni menos, en la vanguardia de la contra-revolución y no cabía combatirlo centrándose en grupos aislados. Era preciso purgar de manera drástica a los agentes de los enemigos de clase incrustados dentro del movimiento proletario.

Éste era, pues, el ambiente que flotaba en el Politburó, en el Sovnarkom y en la Comintern en el mes de septiembre de 1936. En una palabra, no es absurdo suponer que probablemente Stalin no deseara que, «desde la izquierda», pudiera reprochársele la menor lenidad hacia los agresores fascistas. En puridad, ningún aspecto significativo de la política comunista o de la política soviética de la época es entendible sin referencia a la acción contra el trotskismo. Añádase a ello la noción, que había surgido en los primeros días de la guerra civil española, de que la Unión Soviética no podía perder su liderazgo entre las masas antifascistas e izquierdistas y no es difícil discernir que hubiese resultado imposible para Stalin permanecer inactivo indefinidamente. ¿Y si caía la República ante la acometida de las potencias fascistas?

#### FUNCIONES DE LA AYUDA

En septiembre de 1936 Stalin debió divisar una combinación inquietante de riesgos de variada naturaleza conectados con la guerra civil que se dilucidaba ferozmente en España: estratégicos, políticos, ideológicos. Para los dirigentes moscovitas, en particular el pequeño grupo del que Stalin se había rodeado, la ideología no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Contaba y mucho. Y la decisión de intervenir en España se produjo en un contexto de gran exacerbación ideológica. No es razonable pensar que esta segunda vertiente estuviera ausente y sólo predominara la geoestratégica<sup>56</sup>. Es sobradamente conocido que Stalin analizaba todos los acontecimientos, incluso los más nimios, desde una óptica política. Avanzando, pues, en el análisis podría afirmarse que la extensión a España del combate y aniquilación de los «traidores trotskistas», o de

---

<sup>56</sup> Como recuerda Dullin (2001, págs. 15 y sigs.) en la literatura existe una discusión todavía no zanjada sobre los postulados últimos de la política exterior estalinista: unos acentúan las dimensiones de *Realpolitik*, otros los objetivos ideológicos. En mi opinión, en septiembre de 1936, y para el caso español, puede descartarse la «exportación» a España del modelo soviético, aunque esto siga aflorando en la literatura.

los izquierdistas desviacionistas (esencialmente anarquistas), estaba pre-programado, ya que era un correlato de la intervención. De ahí que un cuasi-exterminador de la NKVD, Alexander Orlov, se desplazase a España junto con un pequeño equipo mucho antes de que llegaran los contingentes soviéticos que debían ser protegidos de la contaminación de las malvadas ideas trotskistas<sup>57</sup>.

En definitiva, la intervención en España, en septiembre de 1936, cumplía objetivamente, como gustaba de afirmarse en la jerga soviética, varias funciones de cierta trascendencia. No se trata de establecer un catálogo, ni mucho menos de ordenarlas por su nivel de importancia. Esto último es posible hacerlo, con cierto grado de confianza, en el caso de Hitler y de Mussolini, pero no tanto en el de Stalin, faltos como estamos de fuentes directas sobre sus reflexiones en Sochi:

1. Constituía un aviso a los agresores, en particular al Tercer Reich, para que anduvieran con cuidado en sus ejercicios de intimidación.
2. Ilustraba la «corrección» de las ideas que Stalin había ido elaborando paulatinamente sobre el carácter de un posible conflicto futuro en el que el fascismo alemán se configuraba como la amenaza por excelencia.
3. Daba a entender a Francia que la Unión Soviética era un socio fiable, atento a proteger la seguridad colectiva en un momento en que ésta flojeaba.
4. Ayudaba a reforzar el papel de Francia en el dispositivo soviético<sup>58</sup>.
5. Mostraba a la izquierda mundial, y a la propia población soviética, que la Unión Soviética no dejaba en la estacada al proletariado español.
6. Contribuía a reducir las posibilidades de victoria del «fascismo» en una guerra que había desencadenado y cuya «variante trotskista» podría penetrar, caso de éxito, por los intersticios del sistema estaliniano.

---

<sup>57</sup> Utilizamos la caracterización de «cuasi-exterminador» a sabiendas de que no responde a una categoría reconocida porque deseamos ubicar a Orlov si no entre los *killers* profesionales, sí al menos entre aquéllos que no dudaban un segundo en contribuir al derramamiento de sangre ajena. En este artículo no hemos utilizado sus sesgadas memorias porque son incluso menos fiables que las de Krivitsky.

<sup>58</sup> No hay que olvidar que en septiembre/octubre de 1936 los rusos trataron de avanzar en el terreno militar con Francia, a fin de robustecer una postura común contra Alemania y reducir el grado de dependencia de París con respecto a Londres (Dullin, 2001, págs. 156 y sigs.).

En este sentido cabría aducir que precisamente en las semanas siguientes a la decisión de Stalin se multiplicaron las detenciones, como si las autoridades, señaló el agregado militar francés, quisieran persuadir a la opinión pública de que los detenidos estaban en connivencia con organizaciones extranjeras, hostiles al Estado soviético. Altos cargos militares, aunque no tan conocidos como los que caerían víctimas de las purgas en los años siguientes, figuraban entre ellos, amén de numerosos comunistas extranjeros, particularmente alemanes.

Abundan los autores para quienes las vacilaciones de Stalin se explican por la necesidad de combinar dos tensiones contrapuestas: ayudar por un lado a la República sin alienarse por ello el cortejo de las potencias democráticas ni antagonizar demasiado por otro al Tercer Reich<sup>59</sup>. Ahora bien, al filo del desencadenamiento de la gran oleada de terror, no había ninguna otra medida que cumpliera de forma simultánea toda una serie de funciones en las que se mezclaban, inextricablemente, consideraciones estratégicas, de política exterior y de ideología, en la única «versión» permisible a la que ya tenía el sistema estalinista. A ellas se añadirían rápidamente otras, en parte ligadas a la lucha sin cuartel que Stalin emprendía contra todos los desviacionismos, a su «izquierda» y a su «derecha», o relacionadas con las experiencias bélicas que pudieran hacerse en los lejanos campos de España combatiendo al temido agresor nazi<sup>60</sup>. Este es un escenario algo más complejo que el que consiste en hipertrofiar la noción de que lo que Stalin persiguió desde el primer momento era establecer una base que apoyara la creación en España de un remedo de república popular *avant la lettre*.

El problema de desentrañar los motivos es que hay que aproximarse a ellos de forma indirecta. Fue una decisión personal, aunque se arropase todavía bajo la capa colectiva de una autorización del Politburó (que poco más tarde terminaría no reuniéndose durante largas temporadas). El sistema soviético se aproximaba a una

---

<sup>59</sup> En este contexto no estará de más recordar que, precisamente en el momento en que Stalin se encaminaba hacia su decisión, en Moscú se sopesaba con cuidado la mejor forma de reaccionar ante los tonos dialécticamente agresivos del congreso del partido nazi. Mientras unos propugnaban una respuesta robusta (incluidos Litvinov y el embajador en Berlín), otros (entre ellos Kaganovich) se decantaban por un tono mesurado. Sometida el 14 de septiembre la cuestión a Stalin, éste prefirió escoger la segunda opción (R. W. Davies y cols., pág. 356).

<sup>60</sup> En una entrevista de Litvinov con el nuevo embajador italiano, Mario Rosso, éste ganó la impresión de que el miedo al Tercer Reich empezaba a convertirse en una auténtica obsesión.

situación, si es que no estaba ya inmerso en ella, en la que la voluntad, los deseos, las interpretaciones y las actuaciones de un solo hombre, rodeado de un grupito muy reducido, daban un mentís a las construcciones más o menos elaboradas sobre el carácter «científico» de la política a la que se atenía el único Estado «socialista» del mundo.

La teoría, por supuesto, era que la Unión Soviética seguía con paso firme unas leyes de la evolución histórica entre cuyos exégetas Stalin se había convertido, tras Lenin, en una figura de primordial importancia (Service, págs. 357 y sigs.). Más adelante los motivos fueron variando, como ocurrió también con Hitler. Los años de la guerra civil española fueron de grandes turbulencias en la escena internacional. La táctica que ayer era correcta podría revelarse inadecuada algún tiempo más tarde. La Unión Soviética, como la Alemania nazi, no fue inmune a esos cambios. Ambas potencias improvisaron y tomaron decisiones sobre la marcha, en respuesta a situaciones cambiantes. Sólo Italia y las democracias occidentales persistieron en sus trece, ya que sus motivaciones no variaron apenas.

En cualquier caso, la decisión de Stalin abrió un proceso, más o menos eficiente, para que la República pudiera establecer el esfuerzo de guerra sobre nuevas bases, si bien el dictador soviético dio su propio paso al frente con dos meses de retraso sobre Hitler y Mussolini. En Moscú se recibió algo más tarde un informe de Ehrenburg (Radosh *et al*, doc. 13). En él afirmaba que Largo Caballero y Prieto escuchaban con suma atención todo lo que les decían los soviéticos. Los conflictos entre ambos estaban bajo control. No necesitaba demostrarse, indicó con razón, que el suministro de armas modernas a la República podría tener una influencia inmensa en el resultado final de la guerra civil. Los rebeldes contaban, sin duda, con ventajas, pero no con la definitiva. En el lado republicano los cuadros militares de la revolución se forjarían en la lucha misma<sup>61</sup>. Ehrenburg era optimista. Su informe no tuvo ningún efecto, y queda como reflejo de la forma en que su autor contemplaba la situación.

---

<sup>61</sup> Radosh y cols. (pág. 23) afirman que era de Ehrenburg, basándose en una nota de Krestinsky a Stalin, sin fecha, que acompañaba tres informes, decía, del periodista. Ehrenburg narra en sus memorias (págs. 180 y sigs.) que estaba en Madrid cuando cayó Talavera, es decir, horas antes de que se formara el Gobierno de Largo Caballero y, según indicó a Rosenberg el 18 de septiembre (doc. 12), se iba a París inmediatamente. El informe lleva fecha del 30 de septiembre. Cuando llegó, la decisión estaba tomada.

La luz verde de Stalin, sobre la cual la literatura está salpicada de leyendas que en aras a la brevedad ni siquiera hemos evocado<sup>62</sup>, se adoptó cuando ya era demasiado tarde. En el corto lapso transcurrido desde julio, los sublevados habían logrado tantos éxitos militares y ocupado tal extensión de territorio que no resultaba verosímil ni desalojarlos ni hacerles retroceder, al menos no con los medios en presencia. A no ser, claro está, que las democracias hubiesen permitido que el Gobierno republicano se abasteciera de sus arsenales o que importara libremente todo el armamento que pudiese adquirir, sin más topes que los marcados por la disponibilidad de productos en el mercado y la capacidad de pagar tales suministros. Ambos factores existían. El mercado internacional estaba saturado de materiales bélicos. Muchos anticuados. Otros modernos. El Gobierno de Madrid no se encontraba ni en quiebra financiera ni en suspensión de pagos. Al contrario, estaba literalmente aplastado por el peso de unas, para la época, cuantiosísimas reservas. Lo que no existía era la voluntad política de tolerar la menor veleidad a la República en este terreno. La no intervención la ahogó. Los franceses lo supieron y los británicos también. Estos, en particular, lo supieron de manera detallada toda vez que interceptaban de forma rutinaria las comunicaciones italianas y españolas que reflejaban la agresividad de la política de Mussolini, la angustia en que se debatía el Gobierno de Madrid y la dependencia de Franco de los suministros y ayuda fascistas.

No está demostrado documentalmente si en la decisión de Stalin influyó, y hasta qué punto, el señuelo del oro del Banco de España. Tampoco sabemos, a pesar de las afirmaciones de algunos autores, si la evacuación de las cámaras acorazadas madrileñas a mitad de septiembre se hizo ya con la vista puesta en la exportación del oro a Moscú. La ayuda soviética a la República fue pagada religiosamente por ésta y hasta el último centavo, en condiciones que requieren un esclarecimiento que aquí no podemos ofrecer, pero ello no significa que, en Sochi, Stalin se hubiera convertido en un titán mental que pudiera otear el futuro hasta discernir hasta dónde podrían llegar las últimas consecuencias de sus decisiones.

Los británicos entendían lo que estaba en juego. En un informe que prepararon inmediatamente antes de la llegada de los primeros suministros soviéticos los analistas militares del servicio de inteligencia destacan cuatro características: ante todo, una situación de

---

<sup>62</sup> Una muestra se encuentra, por ejemplo, en Radzinsky (pág. 327) quien afirma que la reacción de Stalin en apoyo de la República fue «instantánea».



baja moral entre las tropas republicanas; la continuación de las limpiezas (léase asesinatos) que los incontrolados realizaban, con gran desesperación del Gobierno, incapaz de dominar a los extremistas; el lento avance de los sublevados, que entonces no parecían tener prisa por continuar su ofensiva, posiblemente a la espera de refuerzos, y el mantenimiento de la superioridad aérea por parte franquista.

En el plano internacional los analistas subrayaron que, por el lado pro-republicano, la Unión Soviética había adoptado desde el primer momento una actitud combativa en el CNI. Dos eran las razones que podían explicarlo. La primera es que para entonces Moscú estaba buscando, como así era, un reforzamiento de los lazos militares con París. La segunda que había aumentado, en la percepción del Kremlin, la importancia del factor propagandístico que implicaba la adopción de una postura desafiante y activa contra la intervención italo-germana. También esto era exacto. La opinión pública en Francia había reaccionado de forma favorable y aumentado la presión sobre el Gobierno Blum, aunque a la postre sin grandes efectos.

Queda, por último, mencionar un detalle que no deja de ser significativo. La decisión de Stalin y la preparación de los envíos correspondientes se efectuaron en un secreto tal que el Gobierno republicano fue mantenido en la ignorancia durante quince días. Sólo cuando los primeros barcos navegaban, cargados de armamento, hacia los puertos españoles Stalin permitió que se les anunciara. Se deduce esto de la consulta que el 11 de octubre le hizo Kaganovich y en la que afirmaba:

Todavía no hemos dicho nada a Caballero sobre nuestros envíos. Pensamos que habría que cursar instrucciones a Gorev para que le informe oficialmente, aunque de manera reservada, acerca de la ayuda. Por el momento sería preciso darle todos los detalles sobre lo que ya ha llegado y en el futuro informarle a medida que arriben los barcos (R. W. Davies y cols., pág. 368)<sup>63</sup>.

Entre quienes ignoraban lo que había pasado se encontraba el nuevo embajador español en Moscú, Marcelino Pascua, según

---

<sup>63</sup> Azaña (1967, pág. 477) señalaría que «el embajador soviético, visitante asiduo del presidente del Consejo, ministro de la Guerra, mantuvo en el más riguroso secreto las intenciones de Moscú respecto de la venta de material de guerra, de suerte que el arribo de la primera expedición fue casi una sorpresa». Como de costumbre, dio en el clavo.

transpira de los despachos que por entonces envió a Madrid. En uno de ellos narró una entrevista con Molotov la víspera. No pudo extraer la menor información, ni Molotov la ofreció. Raras veces se encuentran ejemplos contrastables de tal hermetismo que, a mayor abundamiento, estaba perfectamente coordinado. Podemos establecer la hipótesis que Gorev comunicó la noticia nada más recibir la autorización, es decir, el 11 ó 12 de octubre. Fue entonces cuando las autoridades madrileñas se apresuraron a cursar las órdenes para cerrar, al menos, el puerto de Cartagena a la curiosidad de los navíos de guerra extranjeros. Ese mismo día llegó el primer mercante soviético con armas, el *Komsomol*. Llevaba los primeros cincuenta tanques T-26, amén de otros tantos motores de repuesto, proyectiles, 300 toneladas de gasolina y 50 toneladas de aceite. Con la ayuda soviética en armas modernas (tanques y aviones) y pesadas, se abrió un nuevo capítulo para la República. Sin ellas, y sin la subida de moral que poco a poco fue produciéndose, parece difícil en retrospectiva que hubiese podido sostener la pugna durante mucho más tiempo. Y ello, simplemente, porque las potencias fascistas no descansaban. Proyectaban nuevos refuerzos y es verosímil que, incluso sin la intervención soviética, los hubieran llevado a cabo antes. Incluso más cómodamente y con menos cuidados. Pero eso es ya otra historia.

Bruselas, junio de 2006

#### FUENTES PRIMARIAS Y BIBLIOGRAFÍA

##### *Fuentes primarias*

AJNP: Archivo Juan Negrín, París.

AVP RF: Archivos de Política Exterior de la Federación Rusa, Moscú.

RGVA: Archivo estatal militar, Moscú.

RGASPI: Archivo estatal de historia política y social, Moscú.

SHD: Service Historique de la Défense, París-Vincennes.

TNA: The National Archives, Kew, Londres.

## Colecciones documentales

- DAVIES, R. W.; KHLEVNIUK, Oleg V.; REES, E. A.; KOSHELEVA, Liudmila P. y ROGOVAYA, Larisa A. (eds.), *The Stalin-Kaganovich Correspondence, 1931-1936*, New Haven, Yale University Press, 2003.
- Komintern i grazhdanskaja vojna v Ispanii. Dokumenti*, Academia de Ciencias de Rusia, Instituto de Historia General, Servicio Federal Ruso de Archivos, RGASPI, Moscú, Nauka, 2001 (*La Comintern y la guerra civil en España. Documentos*).
- RADOSH, Ronald; HABECK, Mary R. y SEVOSTIANOV, Grigory (eds.), *Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven, Yale University Press, 2001 (hte)\*.

## Memorias y testimonios

- AZAÑA, Manuel, *Obras completas*, vol. III, México, ediciones Oasis, 1967.
- BARCIA, Augusto, *La política de no-intervención*, Buenos Aires, Publicaciones de Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1942.
- DIMITROV, Georgi, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, edición de Ivo Banac, New Haven, Yale University Press, 2003.
- *Georgi Dimitroff. Tagebücher 1933-1943*, edición de Bernhard H. Bayerlein, Berlín, Aufbau-Verlag, 2000.
- EHEVARRÍA, Toribio, *Viaje por el país de los recuerdos*, edición facsímil del Ayuntamiento de Eibar, 2005.
- EHRENBURG, Iliá, *Gentes, años, vida. Memorias, 1921-1941*, Barcelona, Planeta, 1985.
- KOLTSOV, Mijail, *Diario de la guerra de España*, París, Ruedo Ibérico, 1963.
- KRIVITSKY, Walter G., *In Stalin's Secret Service*, Nueva York, Harper & Brothers, 1939 (hte).
- LITVINOV, Maxim, *Notes for a Journal*, Londres, Andre Deutsch, 1955.
- MAISKY, Iván, *Cuadernos españoles*, Moscú, Editorial Progreso, s.f.
- ORLOV, Alexander, *The March of Time. Reminiscences*, Londres, St. Ermin's Press, 2004.

## Literatura secundaria

- BEEVOR, Antony, *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005.
- BENNASSAR, Bartolomé, *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, París, Perrin, 2004 (hte).

---

\* Hte significa que hay traducción española.

- BOLLOTEN, Burnett, *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- BROUÉ, Pierre: *Staline et la révolution*, Fayard, París, 1993.
- CIERVA, Ricardo de la, *Historia actualizada de la segunda República y la guerra de España, 1931-1939. Con la denuncia de las últimas patrañas*, Editorial Fénix, s.l, 2003.
- *Brigadas Internacionales, 1936-1996. La verdadera historia. Mentira histórica y error de Estado*, Madrudejos, Fénix, 1997.
- CHINSKY, Pavel, *Staline. Archives inédites, 1926-1936*, París, Berg International Editeurs, 2001.
- DULLIN, Sabine, «Litvinov and the People's Commissariat of Foreign Affairs: the Fate of an Administration under Stalin, 1930-1939», en Andrea Romano y Silvio Pons (eds.), *Russia in the Age of Wars*, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2004.
- *Des hommes d'influences. Les ambassadeurs de Staline en Europe, 1930-1939*, París, Payot, 2001.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999.
- HEIBERG, Morten, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003.
- HOWSON, Gerald, *Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil española*, Barcelona, Península, 1998.
- KERN, Gary, *A Death in Washington. Walter G. Krivitsky and the Stalin Terror*, Nueva York, Enigma Books, 2003.
- KHLEVNIUK, Oleg, «The Objectives of the Great Terror, 1937-1938», en Julian-Cooper, Maureen Perrie y E. A. Rees (eds.), *Soviet History 1917-1953*, Houndmills, Macmillan, 1995.
- KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica, 2003.
- PAYNE, Stanley G., *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.
- PONS, Silvio, *Stalin and the Inevitable War, 1936-1941*, Londres, Frank Cass, 2002.
- RADZINSKY, Edvard, *Stalin*, Londres, Hodder & Stoughton, 1996.
- ROBERTS, Geoffrey, «The Fascist War Threat and Soviet Policies in the 1930s», en Andrea Romano y Silvio Pons (eds.), *Russia in the Age of Wars*, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2000.
- «Soviet Foreign Policy and the Spanish Civil War», en Christian Leitz y David D. Dunthorn (eds.), *Spain in an International Context, 1936-1939*, Nueva York, Berghahn Books, 1999.
- RYBALKIN, Yuri Evgenevich, *Operatsia «X». Sovetskaya Voennaya Pomoshthsh Respublikanskoi Ispanii*, Moscú, 2000 (*Operación X. La ayuda militar soviética a la España republicana*).
- SCHAUFF, Frank, *Der verspielte Sieg. Sowjetunion, Kommunistische Internationale und Spanischer Bürgerkrieg, 1936-1939*, Frankfurt, Campus Verlag, 2004.
- «Einsatz für die Republik – die sowjetischen Militärberater im Spanischen Bürgerkrieg (1936-1939)», *Forum für osteuropäische Ideen – und Zeitgeschichte*, núm. 2, 2000.

- SERVICE, Robert, *Stalin. A Biography*, Londres, Macmillan, 2004 (hte).
- SHERMAN, Scott, «The Radosh File», *Lingua Franca*, octubre de 1999.
- SMYTH, Denis, «“We are with you”: Solidarity and Self-interest in Soviet Policy towards Republican Spain, 1936-1939», en Paul Preston y Ann L. Mackenzie (eds.), *The Republic Besieged. Civil War in Spain 1936-1939*, Edinburgh University Press, 1996 (hte).
- STONE, Glyn A., *Spain, Portugal & the Great Powers, 1931-1941*, Basingstoke, Palgrave, 2005.
- TANENHAUS, Sam: «Innocents abroad», *Vanity Fair*, septiembre de 2001.
- VIDAL, César, *La guerra que ganó Franco. Historia militar de la guerra civil española*, Barcelona, Planeta, 2006.
- *Las Brigadas Internacionales*, Madrid, Espasa, 2006 (versión previa en 1998).
- VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006.
- *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil. Antecedentes y consecuencias*, Madrid, Alianza, 2001.
- VIÑAS, Ángel y COLLADO SEIDEL, Carlos, «Franco's Request to the Third Reich for Military Assistance», *Contemporary European History*, vol. 11, núm. 2, 2002.
- WEST, Nigel, *MI5's Penetration of the Communist Party of Great Britain*, Londres, Routledge, 2005.
- ZAPATERO, Virgilio, *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual*, Granada, Pre-Textos, Diputación de Granada, 1999.
- ZAVALA, José María, *Los gánsters de la Guerra Civil*, Barcelona, Plaza y Janés, 2006.
- *En busca de Andreu Nin. Vida y muerte de un mito silenciado de la Guerra Civil*, Barcelona, Random House Mondadori, 2005.